
Reestructuración industrial, empleo y pobreza en Puerto Rico y el Atlántico Medio de los Estados Unidos: la situación de las mujeres puertorriqueñas

Alice E. Colón-Warren

Centro de Investigaciones Sociales

Universidad de Puerto Rico, Río Piedras

La concentración de familias encabezadas por mujeres entre las familias pobres se ha constituido en una preocupación internacional que ha destacado la desigualdad social entre los géneros como un asunto prioritario para el desarrollo (véase, por ejemplo, United Nations 1995; Bruce *et al.* 1995). El incremento de esta situación ha sido motivo de discusión en Puerto Rico y, aún más, en Estados Unidos, donde se ha planteado como factor principal en la desigualdad económica y, en particular, como explicación de la situación desventajada que sufren todavía allí las familias puertorriqueñas (Burgos Ortiz y Colberg 1990; Gautier Mayoral 1987; Pearce 1983; Chávez 1991).

Esta tendencia se ha denominado la feminización de la pobreza y se ha vinculado al aumento mundial de familias encabezadas por mujeres, que usualmente poseen menos recursos económicos (Pearce 1983; Scott 1984). La feminización de la pobreza, sin embargo, no es uniforme a través de distintos países, sectores y conjuntos sociales, no sólo por su diversidad en la incidencia de familias encabezadas por mujeres, sino por las diferencias en su probabilidad de pobreza (Goldberg y Kremen 1990; Colón-Warren 1994). La incidencia de la pobreza no debe referirse fundamentalmente al tipo de familia prevaeciente, sino a las dinámicas y estructuras económicas que definen la distribución de recursos en la

sociedad y al discrimen en las oportunidades disponibles para las mujeres de distintos sectores, el cual incrementa sus probabilidades de pobreza cuando éstas se constituyen en jefas de familia.

Utilizando información publicada en los Censos de Población entre 1970 y 1990, este trabajo inicia un análisis comparativo de las condiciones de empleo y pobreza en Puerto Rico y el Atlántico Medio de Estados Unidos¹ y cómo éstas han incidido en la situación de las mujeres y familias encabezadas por mujeres puertorriqueñas. En la medida en que bajo condiciones de una economía de mercado se establece el salario como medio de subsistencia para los sectores trabajadores, las condiciones de empleo son determinantes importantes en el análisis de la pobreza. Sin pretender que éste sea el único eje de las relaciones sociales o de género, este ensayo se concentrará en factores que en sociedades capitalistas afectan la probabilidad de la pobreza entre las mujeres, tales como las oportunidades de educación, empleo y concentración ocupacional que les ofrecen las estrategias económicas prevalcientes. Consideraré, además, las tendencias en el incremento de las familias encabezadas por mujeres y en sus medios económicos, incluyendo el uso de la beneficencia pública. Analizaré estas tendencias en su relación con las condiciones económicas de los hombres, las cuales inciden en la situación de las familias en pareja y en la visibilidad de las familias encabezadas por mujeres entre las familias pobres.

Este análisis preliminar ofrecerá algunas hipótesis para las discusiones sobre la convergencia de las economías en Puerto Rico y Estados Unidos y sobre la incorporación particular de la población migrante puertorriqueña en lo que es aún el área de su mayor concentración en la nación estadounidense, el Atlántico Medio.² Actualizaré con dicho análisis varios de mis trabajos previos, con el objetivo de explorar algunos de los cambios en las condiciones de empleo y pobreza de mujeres y hombres puertorriqueños, a partir del movimiento hacia una economía de alta tecnología y servicios en Puerto Rico y el Atlántico Medio durante la pasada década. Las cifras presentadas sugieren tendencias y comparaciones generales, un esquema de elementos, pistas si se quiere, para investigaciones más detalladas.

Tendencias de reestructuración industrial

La reestructuración industrial en los Estados Unidos a partir de la Segunda Guerra Mundial incluyó la aceleración del desarrollo tecnológico y de la internacionalización de la economía, además de una inmersión más amplia del mercado y el Estado en el ofrecimiento de servicios sociales y personales (Mandel 1978: Capítulos 8-12; Braverman

1974: Partes II y III; Sassen 1988: Capítulo 1). El movimiento hacia industrias y procesos de producción de tecnología más avanzada, así como la fuga de industrias y fases de producción a lugares que ofrecen salarios más bajos y mayores beneficios, ha resultado en la llamada desindustrialización de Estados Unidos, un descenso marcado en el empleo en la producción manufacturera (Bluestone y Harrison 1982). La globalización de la economía bajo condiciones que mantienen el control de los conglomerados empresariales, por otra parte, ha requerido la ampliación de las industrias relacionadas con el comercio y, particularmente, los servicios al productor, es decir, aquellos dirigidos mayormente a empresas, como las finanzas, los servicios comerciales y de reparación u otros servicios profesionales como los de desarrollo técnico, publicidad, información o legales (Sassen 1991: Partes 1 y 2). La transición a una economía de servicios también se estableció a través de la mercantilización de servicios personales como los de recreación, alimentación, lavanderías, cuidado de niños y servicios sociales como la educación y la salud, necesarios para mantener una población calificada para este proceso industrial (Mandel 1978:377-408).

El Estado participó en este movimiento a través del ofrecimiento de servicios de educación y salud, además de la beneficencia y la seguridad social, necesarios para legitimarse ante la falta de empleo generada por el propio desarrollo industrial, junto a los servicios policiales con los cuales ha intentado contener las expresiones de conflicto social que han acompañado a la marginación y la desigualdad (O'Connor 1973: Capítulos 4-6). Además, el Estado continúa inmerso en la creación de empleos y promoción económica a través de inversiones en la infraestructura requeridas por las industrias de mayor capitalización y en la industria militar, que se ha mantenido como eje importante del crecimiento económico en Estados Unidos (O'Connor 1973: Capítulos 4-6; Harrison y Bluestone 1990:104-106, 147-150).

El proceso de reestructuración industrial ha intensificado la competencia internacional entre corporaciones y ha producido fluctuaciones y crisis económicas visibles desde la década de 1970. El crecimiento económico observado a partir de la Segunda Guerra, la expansión previa en el empleo, los requisitos de escolaridad y especialización, así como las luchas de los trabajadores empleados y desempleados durante la década de los sesenta, impidieron en los Estados Unidos reducciones mayores en los niveles salariales de los trabajadores y produjeron un aumento, aunque siempre insuficiente, en el número de participantes en los programas de beneficencia públicos (Mandel 1978:168-183; Piven y Cloward 1977: Capítulo 5; Colón Warren 1984: Capítulo 5). La intensificación de la competencia internacional entre

empresas, por su parte, precipitó la crisis de acumulación evidenciada a lo largo de los setenta. Como respuestas a esa crisis, las empresas aceleraron las tendencias de internacionalización y crecimiento de conglomerados y recurrieron a la reducción en costos salariales para incrementar sus ganancias. Con intensidad creciente durante la década de los ochenta, se desató una política de reducción en el tamaño de las empresas y de restricción en niveles salariales y beneficios, los cuales han afectado incluso a los trabajadores organizados y mejor pagados (Harrison y Bluestone 1990:11-14, 21-75).

A la fuga de la producción manufacturera, le ha seguido en las grandes ciudades como Nueva York la fuga de los empleos de oficina, acompañada por el crecimiento de empleos en las finanzas y servicios al productor, que presentan una dualidad marcada en su estructura salarial. En estas industrias y en la economía en general, se reorganiza el proceso de trabajo, empleando personal más calificado para posiciones de mayor desarrollo tecnológico, pero también con empleos descalificados y formas de flexibilización que amplían el trabajo temporal y a tiempo parcial para reducir los ingresos reales, además de empleos que no ofrecen la posibilidad de mantenerse sobre los niveles de la pobreza, aun cuando se trabaje a tiempo completo. Propiciado por la amenaza de la desocupación creciente, ha sido sobre todo el crecimiento de estos "malos empleos" lo que ha reducido los niveles de desempleo en los Estados Unidos en comparación con los países europeos (Harrison y Bluestone 1990:66-75; Quante 1976:58; Sassen 1991:197-243).

La situación se agrava cuando ante la crisis fiscal y el aumento en la deuda provocados por la crisis de acumulación y los costos asumidos por el Estado, se plantea en términos políticos neoliberales una ofensiva paralela para reducir el empleo estatal y los servicios sociales. Se restringe el salario social y se amplía la desocupación de manera que las tendencias de privatización abren oportunidades de inversión con una mano de obra más presionada y vulnerable (Piven y Cloward 1988; Harrison y Bluestone 1990:14-17, 76-108).

La internacionalización no sólo ha implicado la dispersión geográfica de industrias y empleos, sino que ha requerido la concentración de servicios financieros, comerciales y de control tecnológico y administrativo en los países metropolitanos. Ciudades como Nueva York se mantienen como centros de coordinación de los servicios administrativos y al productor que constituyen una parte cada vez más importante de la producción. Aunque el sector de las finanzas no ocupa una proporción muy elevada de trabajadores, el peso de esta industria se comprende al observar su crecimiento y concentración en estos centros del capital global. Junto al empleo en los servicios al productor, por

otro lado, se mantienen en estas "ciudades globales" la producción, el comercio y los servicios personales que demandan sectores poblacionales que allí se concentran, con niveles de ingreso y consumo más elevados, además de los requeridos por los sectores empobrecidos que ofrecen su trabajo a las empresas y conjuntos de mayores recursos. Se amplía además el movimiento hacia una producción en pequeña escala dirigida a los mercados especializados generados por esta estructura económica, a través del cual trabajadores contingentes y talleres de menor tamaño responden a la demanda de producción flexible y asumen los riesgos de las fluctuaciones en un centro orientado a la innovación y el consumo particularizado. Articuladas a las demandas de las grandes empresas y sus empleados de mayor remuneración, surgen así también las condiciones para reproducir el trabajo en la economía informal, además de empleos de servicio precarios y la supervivencia de industrias que, presionadas por la competencia internacional, reproducen condiciones de "talleres de sudor" (*sweatshops*). El empobrecimiento y las condiciones precarias de empleo se acentúan a partir de procesos de construcción y renovación urbana en beneficio de los sectores de mayor poder económico que restringen el acceso a la vivienda y a espacios para el trabajo de las estratas inferiores (Harrison y Bluestone 1990:66-69; Sassen 1991:126-316; Fernández Kelly y Sassen 1995).

La Tabla 1 confirma el movimiento de la región del Atlántico Medio hacia esta economía de servicios dirigidos a la coordinación de procesos financieros, técnicos y de mercadeo, mientras se dispersan la producción e incluso aspectos de la administración y el comercio. Estas transformaciones industriales no fueron muy marcadas durante la década de 1980 a 1990, puesto que los cambios en la región tendieron más a consolidar tendencias que a rupturas con procesos previos. Sin embargo, se destacan el descenso en la industria manufacturera, el incremento en el comercio al detal y en el sector financiero y, sobre todo, en los servicios profesionales, que incluyen otros servicios al productor. Además, se observa un aumento en los empleos de construcción, que puede relacionarse con los procesos de renovación urbana.

Este movimiento hacia una economía de mayor desarrollo tecnológico y de servicios ha implicado, pues, un descenso en la proporción de operarios(as) y trabajadores(as) diestros incluso en la manufactura de paga superior, empleados(as) de menor escolaridad, pero que podían contar con ingresos medios (Sale 1976:3-54; Colón-Warren 1984:237-245; Lowell 1975:44). Se ha requerido, por otro lado, un sector limitado de trabajadores(as) de mayor calificación y educación para ocupar las posiciones de administración, profesionales y técnicas de rango superior, que constituyen un polo de personas empleadas estables y mejor

REESTRUCTURACIÓN INDUSTRIAL, EMPLEO Y POBREZA EN PUERTO RICO

Tabla 1 Distribución industrial de total y mujeres empleadas, Puerto Rico y el Atlántico Medio de Estados Unidos y Total de Puertorriqueños (as) empleados(as) en el Atlántico Medio, 1980-1990 (Por ciento)

Industria	Puerto Rico				Atlántico Medio				Puertorriqueños en el Atlántico Medio*	
	1980		1990		1980		1990		1980	1990
	Total	Mujeres	Total	Mujeres	Total	Mujeres	Total	Mujeres	Total	Total
Extractivas										
(Agricultura, silvicultura y pesca)	04	00	03	01	01	01	02	01	01	01
Transformativas										
Construcción	07	01	08	01	04	01	06	01	02	04
Manufactura	20	23	17	18	24	19	17	13	32	20
(No Duradera)	12	16	11	13	10	11	07	07	18	10
(Duradera)	07	07	06	06	14	08	09	06	15	10
Distributivas										
Transportación, comunicación y servicios públicos	07	03	07	03	08	04	08	05	08	09

Tabla 1 Distribución industrial de total y mujeres empleadas, Puerto Rico y el Atlántico Medio de Estados Unidos y Total de Puertorriqueños (as) empleados(as) en el Atlántico Medio, 1980-1990 (Por ciento)

Industria	Puerto Rico				Atlántico Medio				Puertorriqueños en el Atlántico Medio*	
	1980		1990		1980		1990		1980	1990
	Total	Mujeres	Total	Mujeres	Total	Mujeres	Total	Mujeres	Total	Total
Comercio al por mayor	04	02	05	03	04	03	04	03	04	05
Comercio al detal	14	11	15	13	15	17	16	17	13	14
Servicios al productor** (Seleccionados)										
Finanzas, seguros, bienes raíces	04	04	04	05	07	09	08	10	09	09
Servicios comerciales y de reparación	04	01	05	02	05	04	05	04	05	06
Servicios Profesionales (Otros servicios al productor, sociales y otros)***	20	36	20	32	22	33	26	37	18	24

Tabla 1 Distribución industrial de total y mujeres empleadas, Puerto Rico y el Atlántico Medio de Estados Unidos y Total de Puertorriqueños (as) empleados(as) en el Atlántico Medio, 1980-1990 (Por ciento)

Industria	Puerto Rico				Atlántico Medio				Puertorriqueños en el Atlántico Medio*	
	1980		1990		1980		1990		1980	1990
	Total	Mujeres	Total	Mujeres	Total	Mujeres	Total	Mujeres	Total	Total
Servicios Personales										
Entretenimiento y recreación	01	00	01	01	01	01	01	01	01	01
Domésticos	01	02	00	02	01	01	01	01	00	01
Otros	02	02	02	02	02	03	02	03	03	03
Administración pública	13	13	14	16	05	05	05	04	05	05
Total Empleados(as)	733822	286696	824736	377087	1688871	6707101	17872848	8168080	371188	601238

* Información no publicada en el Censo por género para la fuerza laboral empleada puertorriqueña. ** Servicios al productor incluye además servicios legales y otros que por no encontrarse por separado en la información publicada en el Censo para los puertorriqueños en los estados de Estados Unidos, en la tabla se presentan entre los servicios profesionales. *** Servicios profesionales incluye en esta tabla otros servicios al productor no identificados en las tablas para los puertorriqueños en el Censo y los identificados como servicios sociales (salud, educación, etc.), en los que el Estado tiene mayor intervención participativa en Puerto Rico.

Fuente: Departamento de Comercio de Estados Unidos, Negociado del censo, Censo de población 1990, Puerto Rico, Tabla 27; Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, Tablas, 121, 61; Censo de población 1980, Puerto Rico, Tabla 124; Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, Tablas 101, 229.

pagadas. Ha aumentado aún más la demanda de empleos de asistencia administrativa y ventas, con requisitos educativos cada vez más elevados aun cuando ofrezcan salarios y condiciones de empleo que los acercan a las ocupaciones de cuello azul (Sassen 1991:193-243; Harrison y Bluestone 1990:21-52, 66-75; Stallard *et al.* 1983:17-26; Braverman 1974:243-409). Incluso con el mencionado descenso en el trabajo de oficina, este renglón se mantiene como el más elevado entre los empleos de cuello blanco en el Atlántico Medio (Tabla 2).

Aumentan, además, los empleos de servicios, muchos de ellos de rangos inferiores, y se mantienen los operarios y operarias en manufactura de mayor uso de mano de obra en un mercado de empleo secundario, contingente y de bajos salarios (Tabla 2). Los procesos de reestructuración descritos han conformado una estructura de empleos que polariza a las poblaciones entre los sectores marginados del mercado de empleo, los subempleados y empleados en las posiciones inferiores en un extremo y, en el otro, los que ocupan las posiciones requeridas para el mayor desarrollo tecnológico y control económico y burocrático (véase Piore 1977:93-97).

La internacionalización de la economía ha requerido el desarrollo de otras estaciones de transmisión que faciliten las transferencias financieras y de servicios comerciales y técnicos, así como la producción de alta tecnología. Se ha planteado a Puerto Rico como uno de estos posibles centros para la economía estadounidense en el Caribe (véase Dietz y Pantojas-García 1993:103-115; Meléndez 1993b:85-86). Como colonia inmersa en los circuitos económicos norteamericanos, Puerto Rico ha participado así en tendencias de reestructuración industrial similares a las mencionadas.

En una división internacional del trabajo que ubicaba la producción de acuerdo con las diferencias en el costo de la mano de obra, los aumentos salariales en Puerto Rico a partir de 1960 redujeron su atractivo para industrias y fases de producción que dependían del uso intensivo de trabajadores, tales como la textil, de ropa, cuero y alimentos. A partir de 1967, las estrategias de desarrollo se dirigieron a atraer industrias de mayor capitalización y desarrollo tecnológico, capaces de asumir costos salariales más elevados que podían ser atraídas por la reducción en impuestos y otros beneficios en infraestructura ofrecidos por las leyes de incentivos industriales, así como por prácticas ambientales más laxas y el acceso a una mano de obra calificada a un costo aún inferior al de Estados Unidos.³

Con el establecimiento de la reglamentación 936 del Código de Rentas Internas de Estados Unidos en 1976, que permitía la repatriación de ganancias desde Puerto Rico a ese país sin pagar impuestos, se aceleró

Tabla 2. Distribución ocupacional por género, Puerto Rico, Atlántico Medio de Estados Unidos y puertorriqueños en el Atlántico Medio, 1970-1990 (por ciento)

Ocupación	Puerto Rico						Atlántico Medio						Puertorriqueños en el Atlántico Medio					
	1970		1980		1990		1970*		1980		1990		1970*		1980		1990	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Administradores(as) y relacionados	07	03	10	06	11	09	11	03	13	07	14	11	04	02	06	04	07	09
Profesionales, técnicos	07	19	10	21	11	22	16	16	15	18	17	22	04	07	06	10	08	15
Asistencia administrativa*, ventas	19	29	19	35	21	37	17	45	19	44	19	41	20	35	19	41	20	43
Servicios (no doméstico)	10	13	14	15	15	13	09	14	11	15	11	15	19	12	19	13	21	16
Servicio doméstico	00	05	00	01	00	01	00	03	00	01	00	01	00	01	00	01	00	01
Capataces, trabajo diestro y análogos	20	05	18	03	17	03	20	02	19	02	17	02	15	02	15	04	15	03
Operarios y obreros	25	25	24	19	22	14	25	17	22	12	19	08	40	41	33	27	28	14
Trabajo agrícola	11	01	05	00	04	00	01	00	02	00	02	00	01	00	01	00	02	00
N (Empleado/es)	438988	199963	465326	268596	557639	377097	902068	549928	898347	670710	8515888	8158060	194292	90649	227184	144974	261044	220194

* Definición de ocupaciones no estrictamente comparable a censos posteriores. Las diferencias se reducen en las ocupaciones amplias presentadas. Fuente: Dirección de Estadística y Censos, Censo de Población 1990, Puerto Rico, Tabla 26; Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, Tabla 50, 124; Censo de Población 1980, Puerto Rico, Tabla 115; Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, Tabla 102; Censo de Población 1970, Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, Tabla 173.

en la Isla la inversión de industrias de alta tecnología convirtiéndola en una meca de la producción farmacéutica, así como de instrumentos profesionales, efectos eléctricos y electrónicos. La industria financiera, por su parte, se nutrió del depósito de capital en la banca de Puerto Rico, medida que el gobierno de la Isla ofreciera como alternativa para reducir el pago de un impuesto de salida que estableciera para la repatriación de ganancias. Nuevas leyes de incentivos industriales establecidas en 1978 y 1988 extendían también beneficios a los servicios orientados al comercio internacional. Se ubicaba a Puerto Rico como un centro de producción de alta tecnología, financiero, comercial y de servicios al productor en el Caribe (Dietz y Pantojas-García 1993:103-109; Acevedo 1993:168-170; Acevedo 1987:43-46). Así, entre 1970 y 1980 no fue tan marcado el descenso en la manufactura, pero ya durante esta década se observaba el movimiento en dirección del incremento en los servicios financieros y comerciales, así como un aumento continuado en los servicios profesionales, que incluyen los servicios al productor además de los servicios sociales (Colón *et al.* 1988:23-24).⁴ Para 1990 se mantenía este movimiento hacia una economía de servicios y comercio, con un descenso mayor en la manufactura (Tabla 1).

Como colonia, sin embargo, la convergencia entre la estructura industrial y ocupacional de Puerto Rico y el Atlántico Medio no ha implicado que se mantenga en nuestro territorio ni el producto de la acumulación, ni las funciones de control financiero, administrativo y tecnológico o los empleos subsidiarios que éstas han generado en aquella región. Según indica la Tabla 1, la proporción de empleo en la industria financiera es poco más de la mitad de aquella en el Atlántico Medio y se mantiene en esa región una mayor proporción de los servicios profesionales e incluso una concentración superior en industrias de bienes duraderos. No se han logrado establecer en Puerto Rico ni los niveles de empleo ni las posiciones de mayor rango observadas en la economía del Atlántico Medio (Tablas 2, 3). Se establece un mercado de trabajo que exige un credencialismo creciente, junto a un descenso en las oportunidades de empleo, lo que afecta particularmente a las poblaciones de menores recursos y escolaridad.

El gobierno ha sido el gran empleador en Puerto Rico, no sólo por la inmersión del Estado en las funciones de promoción industrial y servicios sociales, sino como respuesta a los límites en el empleo en el sector privado (Tabla 4). La proporción de personal empleado en la administración pública aún ascendía para 1990 y era casi tres veces mayor que en el Atlántico Medio (Tabla 1). Las tendencias de privatización y reducción en el empleo gubernamental pueden afectar la posibilidad de mantener esta respuesta del Estado, aunque los propios

Estado en la fuerza laboral	Puerto Rico												Atlántico Medio (Total)												Puertorriqueños(es) en el Atlántico Medio											
	1970		1980		1990		1970		1980		1990		1970		1980		1990		1970		1980		1990													
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres												
Participación laboral	68	26	54	28	58	37	41	77	41	74	48	73	65	73	30	88	37	66	46																	
Desempleo (entre fuerza laboral)	06	07	15	17	18	23	05	03	07	07	07	07	08	08	12	14	13	13																		
Empleados (entre población de 16 años o más)	68	23	47	24	47	28	39	74	68	44	68	68	52	67	27	60	32	59	40																	
N (población de 16 años o más)	764388	860319	1008357	1108316	1164776	1312202	14078264	132394644	132233418	15107685	13897286	15716517	285144	320098	381689	488043	480160	647607																		

Fuentes: Departamento de Comercio de los Estados Unidos, Negociado del Censo, Censo de población 1980, Puerto Rico, Tabla 26; Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, Tabla 101; Censo de población 1970, Puerto Rico, Tabla 131; Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, Tabla 184.

Tabla 3 Estado en la fuerza laboral por género, Puerto Rico y Atlántico Medio de Estados Unidos 1970-1990 (Por ciento)

límites de las estrategias de desarrollo y el clientelismo que éstas han promovido, la mantengan como una necesidad política. La década entre 1980 y 1990 señalaba un descenso en la proporción de empleo gubernamental, que aunque no se observa tanto en la administración pública, sí parece mostrarse en el estancamiento en los servicios profesionales, que incluyen a los servicios sociales (Tablas 1, 4).

La erradicación de la reglamentación 936 en 1996 presenta nuevamente la necesidad de revisar las estrategias de desarrollo en Puerto Rico. En este proceso es preciso considerar que aún más que las estrategias anteriores, la que ha operado al presente ha mantenido una proporción creciente de la fuerza trabajadora sin empleo; una situación conflictiva que sólo ha sido amortiguada por el incremento en subsidios y beneficios públicos, acelerado a partir de la década de 1970, además de estudios superiores prolongados, una burocracia gubernamental creciente y una economía informal paralela (Colón *et al.* 1988:18-20, 26). Los recortes en los incentivos industriales de la 936, junto a la creciente amenaza de reducción en fondos federales que han nutrido el ofrecimiento de servicios sociales, la educación y el empleo gubernamental, sugieren la precariedad del modelo económico seguido hasta el presente.

Género, migración, mercado de empleo y pobreza

La discusión previa confirma cómo la ampliación de áreas y esferas de producción y mercado, la reducción en los costos de producción y el descenso en salarios han continuado como medios para incrementar los niveles de acumulación bajo el sistema capitalista. La competencia presiona a la aceleración del desarrollo tecnológico y la reorganización de los procesos de trabajo dirigidos a reducir costos de producción y a ampliar los mercados. La mayor parte de ese desarrollo tecnológico y estrategias de acumulación ha conllevado reducciones en empleo, de manera que se ha planteado una situación en que es posible el crecimiento económico sin una mayor ocupación (Bruce *et al.* 1995:21).⁵

La ampliación de la fuerza laboral disponible y la desocupación han presionado al personal empleado a aceptar bajas en niveles salariales y otras condiciones desventajosas. La falta de empleo y los bajos salarios así generados se encuentran en la base de la pobreza en las sociedades capitalistas, amortiguada en los países industrializados a través de beneficios públicos, además de la economía informal y la intensificación del trabajo doméstico. Al permitir la subsistencia, aunque en niveles precarios, estos beneficios han posibilitado alguna resistencia a un deterioro mayor en las condiciones de empleo, pero en la medida en que

Tabla 4 Clase de total empleados(as) y mujeres empleadas en Puerto Rico, el Atlántico Medio de Estados Unidos y puertorriqueños(as) en el Atlántico Medio, 1980-1990 (Por ciento)

Clase	Puerto Rico				Atlántico Medio (total)				Puertorriqueños(as) en el Atlántico Medio			
	Total		Mujeres		Total		Mujeres		Total		Mujeres	
	1980	1990	1980	1990	1980	1990	1980	1990	1980	1990	1980	1990
Privado	66	70	57	62	83	85	81	83	82	80	79	77
Asalariado	58	63	54	59	77	79	77	79	80	78	78	75
Empleo propio	08	06	03	03	05	06	03	04	02	03	01	02
Trabajo familiar, no remunerado	00	00	00	00	00	00	01	00	00	00	00	00
Gobierno	34	30	43	38	17	15	19	17	18	20	21	23
Federal	04	03	04	03	03	03	03	02	04	04	04	04
Estatall/ELA	25	22	34	29	04	04	04	04	03	04	04	05
Local/municipal	05	05	05	05	10	09	12	10	11	12	13	15
N(Empleados/as)	733922	934736	268596	377097	15690571	17673948	6707101	8158060	372158	501238	144974	220194

Fuentes: Departamento de Comercio de Estados Unidos, Negociado del Censo, Censo de población 1980, Puerto Rico, Tabla 14; Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, Tablas 52, 123; Censo de población 1980, Puerto Rico, Tabla 118; Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, Tabla 101.

no ofrecen alternativas para salir de la pobreza, también hacen posible que los trabajadores y trabajadoras de menos recursos acepten salarios todavía bajos, con lo que se constituyen en subsidios para los sectores peor pagados.⁶

Con contradicciones, las tendencias de reestructuración han establecido límites al avance tecnológico y a la expansión de la producción industrial, según han generado las condiciones y la demanda por formas de empleo más precarias, intensas e inseguras. Aquellos conjuntos imposibilitados de encontrar otros empleos u otros medios de subsistencia se ven forzados a aceptar las condiciones de trabajo más inadecuadas. Se observa una polarización creciente entre un núcleo de trabajadores(as) de estratas superiores y aquellos conjuntos poblacionales que circulan a través del sector informal, los servicios públicos y el empleo en las industrias periféricas y un segmento laboral secundario, todo ello subsidiado por un trabajo doméstico más intenso (Harrison 1977).

Las industrias monopolizadas y de tecnología más avanzada, por su parte, se han beneficiado de este trabajo más intenso y precario, pagado a niveles inferiores o no pagado. Pueden apropiarse de este trabajo al recibir una presión menor para aumentar sus propios niveles salariales y costos inferiores en productos y servicios intermediarios, así como a través de su control comercial y financiero en el intercambio con industrias periféricas, que asumen los costos de las innovaciones y fluctuaciones en el mercado. Las ganancias superiores del capital corporativo continúan dependiendo del trabajo en las esferas de menor desarrollo tecnológico (véase, por ejemplo, Bluestone 1977:97-107; Averitt 1968; Bernholdt-Thomsen 1988:51-63).

La fuerza laboral requerida para estos procesos se amplía no sólo a través del desarrollo tecnológico y la reorganización de los procesos de trabajo, sino con la incorporación de conjuntos con menor poder social y capacidad de regateo en el mercado de empleo. La fuga de industrias a regiones que ofrecen costos más bajos y nuevas oportunidades de mercado, así como la incorporación de mujeres, inmigrantes y minorías, ha mediado los procesos de reestructuración industrial. Se establece un mercado de trabajo segregado por el desarrollo desigual y el movimiento de capitales, así como por las diferencias entre conjuntos de la población en cuanto a poder de regateo y sus posibilidades de movimiento a través de la estructura de empleo. La segregación responde a razones de calificación y credencialismo, nivel organizativo y otros factores institucionales como el poder económico de la empresa, pero también a las definiciones y condiciones sociales que mantienen más vulnerables a grupos como las mujeres, los inmigrantes y las minorías. Trabajadores y trabajadoras de diferentes conjuntos compiten en el mercado de empleo

desde diferentes posiciones y con oportunidades distintas de enfrentarse a la presión de la desocupación y la competencia que ésta acentúa (véase Colón-Warren 1984:31-92).

Estos contingentes excluidos y subordinados usualmente han mantenido salarios bajos en posiciones en crecimiento o para las que no ha habido otros trabajadores disponibles, tales como las industrias de uso intensivo de mano de obra, amenazadas en su competitividad. Los sectores trabajadores con mayor poder de regateo, por su parte, compiten por las ocupaciones de mayor rango y presionan allí los niveles salariales. A través de la estructura de empleo se van constituyendo nichos de mayor acceso para los diferentes conjuntos, los cuales se van redefiniendo de acuerdo con los cambios y luchas que inciden en la demanda de mano de obra en diversas posiciones (Colón-Warren 1984:373-407).

Quizás la tendencia más marcada es la segregación por género y la identificación de empleos como femeninos y masculinos. Subordinadas por la responsabilidad del trabajo doméstico y la ideología de la domesticidad que restringen sus oportunidades de empleo, las mujeres han actuado como una mano de obra menos costosa, concentradas en empleos identificados como femeninos, donde compiten mayormente entre sí. Se les ha ubicado en las posiciones administrativas y de servicios de menor paga por el trabajo ofrecido, en la manufactura de mayor uso de mano de obra o en la economía informal rural y urbana. Es así como la expansión de los servicios profesionales, sociales, de asistencia administrativa y comercio ha incrementado la demanda del empleo de mujeres, particularmente en los países más desarrollados, mientras la globalización de la producción manufacturera se ha beneficiado de las mujeres como una mano de obra abundante, sobre todo en los países periféricos, mayormente en Asia y América Latina (Colón-Warren 1984; Oppenheimer 1970).⁷ Las tendencias a la fragmentación, flexibilización y subcontratación aceleran esta incorporación y van erosionando el "mito del hombre como único proveedor", pero mantienen a las mujeres como trabajadoras secundarias en el mercado de empleo, al no redefinir y transformar su función como principales responsables del trabajo doméstico y crearse nuevas formas de subordinación de género en el ámbito del trabajo asalariado (Fernández Kelly y Sassen 1995:111-121; Safa 1995).

La movilidad del capital, por su parte, también ha promovido la circulación de trabajadores y trabajadoras, según las inversiones corporativas han destruido medios de subsistencia y establecido los vínculos sociales, culturales y políticos entre países centrales y periféricos que constituyen condiciones para ese movimiento. Los conjuntos migrantes se ubican en las posiciones inferiores de los servicios y la

manufactura que demandan su trabajo, en un proceso de periferización del centro. en cuanto al origen nacional de la fuerza laboral, así como con respecto a la incidencia de la pobreza, el subempleo y los empleos peor pagados. La periferización se acentúa porque las mujeres constituyen una proporción creciente de estas migraciones, quienes junto a aquellas de otros conjuntos minoritarios, se incorporan a los segmentos de empleo secundarios en las ciudades "globales", empleos que con las tendencias a la flexibilización acentúan su definición como femeninos (Sassen-Koob 1982; Sassen 1988; Sassen 1991:299-317; Fernández Kelly y Sassen 1995:99-111). Así, en lugares como el Atlántico Medio, se observan varios nichos de empleo por grupos étnicos-ocupaciones en que se concentran, por ejemplo, las mujeres blancas, negras, puertorriqueñas y otras latinas.

Puerto Rico

Tendencias de empleo y subempleo por género

Los procesos de reestructuración industrial y ocupacional descritos no han impactado de igual manera a hombres y mujeres puertorriqueñas, como tampoco a los diferentes conjuntos étnicos y de origen nacional en el Atlántico Medio. En ambos lugares éstos se han visto mediados por recomposiciones sociodemográficas en el mercado de empleo, respondiendo a un proceso de segregación en industrias, ocupaciones y firmas, en el cual los conjuntos con menor poder social llenan la demanda en las posiciones peor remuneradas por el trabajo ofrecido.

El movimiento hacia una economía de alta tecnología y servicios en Puerto Rico ha impactado sobre todo los niveles de ocupación de los hombres. Aun cuando éstos presentan una proporción menor en la manufactura liviana, la más afectada por la fuga de industrias, y una mayor representación que las mujeres en las industrias distributivas y de servicios comerciales, éstas emplean menos mano de obra y no han compensado la pérdida del trabajo agrícola como un nicho de ocupación masculina (Colón *et al.* 1988:23-24), como tampoco su empleo más limitado en los servicios profesionales (Tablas 1, 2).⁸ Asimismo, a pesar de la convergencia entre la estructura industrial y ocupacional de Puerto Rico y el Atlántico Medio, el empleo en la Isla se ha mantenido más limitado y no ha generado tanto crecimiento en las posiciones administrativas y profesionales de mayor rango, vinculadas en esa región estadounidense al crecimiento de los servicios al productor (Tablas 2, 3). Así, la proporción de hombres en ocupaciones de administradores, profesionales y técnicos no alcanzaba una cuarta parte de los empleados en Puerto Rico en 1990 (Tabla 2).

De esta manera, aunque la concentración de hombres empleados en ocupaciones de trabajo diestro, operarios y obreros descendía menos que para las mujeres, y aumentaba su proporción como administradores y profesionales, su empleo continuaba descendiendo de 56 a 47 por ciento entre 1970 y 1980 y se mantenía en este nivel en 1990 (Tabla 3). Este descenso dramático en el empleo de los hombres y no el aumento moderado en el empleo de las mujeres todavía representa la tendencia más marcada en el mercado de empleo (Colón 1985:25-30).

Definidas primordialmente en función del trabajo doméstico, las puertorriqueñas se mantienen aún con oportunidades de empleo limitadas y como reserva laboral potencial, incluso con su tendencia secular a aumentar sus niveles de participación laboral y el crecimiento de ocupaciones definidas como femeninas. El empleo de las puertorriqueñas apenas alcanzaba 29% en 1990, aunque su participación laboral aumentaba de 25% en la década de 1970 a 37% en la década de 1990 (Tabla 3).

El movimiento a industrias de tecnología avanzada y servicios, con requisitos de mayor escolaridad incluso en las ocupaciones de cuello azul, ha reducido las oportunidades de empleo de mujeres de escolaridad más baja, particularmente como operarias.⁹ Las ocupaciones de servicio no doméstico se mantienen como renglón de empleo disponible para estas mujeres, pero su aumento ha sido limitado y descendió de 15 a 13% entre 1980 y 1990. El empleo en otros servicios no ha compensado la pérdida de empleos en el servicio doméstico, otros servicios personales y la producción manufacturera (Tabla 2).

La fuga de la industria liviana afectó particularmente el empleo de mujeres que habían encontrado en ésta una apertura al empleo fuera del hogar y un contrapeso limitado al descenso en el empleo en las industrias agrícolas y de la aguja a domicilio (Colón *et al.* 1988:17-18, 23-24). Aun cuando las mujeres han incrementado su participación en industrias de alta tecnología, ésta no es tan elevada como en industrias de mano de obra intensiva y su empleo más limitado no ha compensado la pérdida de posiciones en la producción manufacturera (Ríos 1995:125-148). La proporción de mujeres empleadas como operarias y obreras continuó un descenso marcado de 25% en 1970 a 14% en 1990 (Tabla 2).

La demanda de una fuerza laboral de mayor escolaridad que ha acompañado a las transformaciones industriales en el capitalismo avanzado, por otro lado, se ha enfrentado no sólo ampliando las oportunidades educativas de la población en general, sino a través del trabajo de las mujeres, particularmente para ocupar las posiciones de cuello blanco de menor jerarquía. Impulsadas por una trayectoria de luchas feministas y obreras que promovían la educación para las mujeres

desde principios de siglo, por las políticas populistas que promovían la educación como medio de movilidad social a partir de la Segunda Guerra, así como por la propia demanda de empleo de mujeres en posiciones de cuello blanco definidas como femeninas, las mujeres puertorriqueñas han elevado sus niveles de escolaridad consistentemente (Colón *et al.* 1986; Almenas Velasco 1987). Entre 1970 y 1990, la proporción de mujeres con 4 años o más de universidad aumentó de 5 a 15% entre las mayores de 25 años (Tabla 5). Las mujeres han sido una mayoría de las personas graduadas de universidad desde la década de 1980 (Almenas Velasco 1987:218-220), y para 1990 la proporción con cuatro años o más de universidad entre las mayores de 25 años superaba por primera vez a la de los hombres.

El incremento en la escolaridad entre las mujeres las ha hecho una fuerza laboral disponible para las posiciones administrativas, profesionales, de asistencia administrativa y ventas, que aumentaban con el incremento en las industrias distributivas, las finanzas, los servicios sociales y otros servicios profesionales. La ampliación de posiciones gerenciales y administrativas, incluyendo las de la burocracia gubernamental, aumentó la representación de las mujeres en estas ocupaciones de 26 a 37% entre 1980 y 1990 y su concentración en ellas alcanzó el 9% de las empleadas en 1990 (Tablas 6, 2).

La diferencia en ingresos entre hombres y mujeres en las posiciones gerenciales y administrativas, sin embargo, se mantiene entre las más marcadas, lo que sugiere que la entrada de mujeres a estas ocupaciones ha ocurrido principalmente en las posiciones inferiores, en lo que puede haber sido un proceso de subdivisión y descalificación según se han ampliado estas categorías ocupacionales (Tabla 7). El mayor incremento, así como la proporción más elevada de las empleadas como administradoras entre las ocupaciones identificadas, se dio en posiciones relacionadas con la gerencia, como contadoras, agentes comerciales y especialistas en personal. No son éstos los puestos identificados como de mayor jerarquía (Tabla 6). Aún así, la tendencia sugiere la posibilidad de avance económico entre un sector de mujeres empleadas que puede profundizar la estratificación entre ellas y otras mujeres.

La concentración de mujeres empleadas es mayor en ocupaciones profesionales, técnicas y de asistencia administrativa, incluyendo secretariales (Tabla 2). Ocupaciones como el magisterio, la enfermería, el trabajo social, el trabajo de oficina, de ventas y servicios se fueron definiendo como femeninas desde principios de siglo, no sólo por sus bajos salarios, sino al ir caracterizándose como extensiones del trabajo doméstico (Colón *et al.* 1986: Capítulo 3). Estas posiciones han continuado ampliándose a partir de la Segunda Guerra y

Tabla 5 Años de escuela completados por personas de 25 años o más por género,
Puerto Rico, Atlántico Medio de Estados Unidos y puertorriqueños(as) en el Atlántico Medio, 1970-1990 (por ciento)

Años de escuela	Puerto Rico						Atlántico Medio						Puertorriqueños en el Atlántico Medio					
	1970		1980		1990		1970		1980		1990		1970		1980		1990	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
B. o menos	60	84	47	49	36	38	28	28	17	19	09	10	63	80	39	44	24	28
Escuela superior																		
1-3	12	10	13	12	16	14	21	20	15	16	15	15	26	21	24	21	28	28
4	16	14	22	21	22	20	28	38	33	40	30	35	17	16	23	24	25	25
Universidad																		
1-3	06	06	09	09	14	15	09	09	14	12	21	20	03	02	08	08	18	17
4+	07	05	10	09	13	15	14	08	21	13	26	18	02	01	06	03	09	07
N (25 años o más)	576253	620439	746283	932399	912017	1040280	9630838	11324260	10233664	12141939	11849992	13007742	201843	239887	266874	330039	387286	428884

Fuentes: Departamento de Censo de Estados Unidos, Negociado del Censo, Censo de población 1990, Puerto Rico, Tabla 24; Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, Tabla 47, 120; Censo de población 1980, Puerto Rico, Tabla 48; Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, Tabla 09; Censo de población 1970, Puerto Rico, Tabla 57; Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, Tabla 146.

Tabla 6 Proporción de mujeres en ocupaciones profesionales y administrativas, Puerto Rico, Atlántico Medio de Estados Unidos y puertorriqueñas en el Atlántico Medio, 1980-1990																		
Ocupación	Puerto Rico						Atlántico Medio						Puertorriqueñas en el Atlántico Medio					
	1980		1990		1980		1990		1980		1990		1980		1990			
	% de la ocupación	% de empleadas en la ocupación	% de la ocupación	% de empleadas en la ocupación	% de la ocupación	% de empleadas en la ocupación	% de la ocupación	% de empleadas en la ocupación	% de la ocupación	% de empleadas en la ocupación	% de la ocupación	% de empleadas en la ocupación	% de la ocupación	% de empleadas en la ocupación	% de la ocupación	% de empleadas en la ocupación		
Administrativas y relacionadas	26	37		28	41		29		48				48					
Administración pública	33	41	08	30	43	03	45	05	54				54			04		
Posiciones relacionadas a administración	29	39	41	33	49	32	42	37	59				59			41		
Profesionales	57	61		48	54		54		62				62					
Ingeniería y ciencias naturales	13	24	02	10	20	04	17	03	29				29			05		
Diagnóstico en salud *	18	26	02	13	22	02	21	01	39				39			02		
Tratamiento en salud **	83	83	16	87	88	27	82	21	82				82			19		
Maestros, bibliotecarias y consejeras	72	74	65	62	67	47	67	41	75				75			46		

* Incluye Médicos ** Incluye enfermeras
 Fuentes: Departamento de Comercio de Estados Unidos, Negociado del Censo, *Censo de población 1990*, Puerto Rico, Tabla 26; Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, Tablas 50, 124; *Censo de población 1980*, Puerto Rico, Tabla 115; Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, Tabla 102.

Tabla 7. Ingreso por ocupación de las mujeres en el grupo trabajador con experiencia, Puerto Rico, 1979-1989			
Ocupación	Ingreso mediano trabajadoras a tiempo completo 50-52 semanas		Razón ingreso mediano de mujeres a ingreso mediano hombres empleados a tiempo completo 50-52 semanas
	1979	1989	
Administración y relacionadas	9102	14535	.74
Profesionales	7789	12210	.63
Técnicas	6866	11072	.75
Ventas	5829	8065	.78
Asistencia administrativa y relacionadas	6687	9851	.87
Capataces, trabajadores diestros y análogos	6324	10106	.91
Operarios y obreros	5517	7864	.95
Servicios(Total)	4550	7155	.76
Total	6440	10110	.90
Fuentes: Departamento de Comercio de Estados Unidos, Negociado del Censo, 1990 Census Detailed Cross-tabulations for Puerto Rico CPH-L-155, Tabla 29; Censo de población de 1980, Puerto Rico, Tabla 120.			

las mujeres han seguido concentradas en ellas, aun cuando sus luchas y demandas de empleo cambiantes les han abierto otras posiciones (Acevedo 1987:56-69).

A pesar de haber ampliado su representación en prácticamente todas las concentraciones universitarias y en ocupaciones no tradicionales (Acevedo 1987:56-69; Almenas Velasco 1987:228-232), las mujeres continúan concentradas en las profesiones de menor rango, como maestras, bibliotecarias, consejeras y ocupaciones de tratamiento en salud como las enfermeras. La proporción de mujeres profesionales en ocupaciones de ingeniería, ciencias naturales o de diagnóstico de salud, como los médicos, es mínima (Tabla 6).

Las diferencias de género en ocupaciones profesionales en cuanto a ingreso también se mantienen entre las más altas, lo que indica la ubicación de las mujeres en rangos inferiores (Tabla 7). La mayor concentración de mujeres desde 1970, y una que continúa ampliándose, es a su vez en el renglón de asistencia administrativa y ventas, ocupaciones de cuello blanco de ingresos inferiores y menor rango (Tablas 2, 7).

A pesar de su aumento, la ocupación de las mujeres continuaba limitada por las restricciones al empleo en la Isla y la proporción inferior de empleos de cuello blanco en comparación con el Atlántico Medio. La proporción de mujeres en empleos de administración y asistencia administrativa era inferior en Puerto Rico que en aquella región (Tabla 2). Esta ocupación de mujeres ha dependido aún más que la de los hombres en la Isla de la participación del gobierno en la creación de empleos, por lo que éstas, además, pueden verse afectadas desproporcionadamente por los recortes en empleo estatal. Entre 1980 y 1990, la proporción de mujeres empleadas por el gobierno descendió de 43 a 38%, en comparación con 34 a 30% para el total de la fuerza trabajadora (Tabla 4).

El movimiento hacia una economía de servicios y de ocupaciones de cuello blanco no sólo continúa limitado, sino que ha ampliado el subempleo de la fuerza laboral activa, lo que ha tenido un mayor impacto entre las mujeres. El incremento en la participación laboral ha venido acompañado desde 1970 por un aumento en las probabilidades de no encontrar empleo, incluso entre las ocupaciones en crecimiento y que requieren una escolaridad más elevada (Tabla 8). El desempleo de las mujeres en 1990 aumentó a 23%, superior al de los hombres, aunque éste también tendió a incrementarse (Tabla 3). La proporción no empleada de mujeres en el grupo trabajador con experiencia en 1990 era superior a la de los hombres en todas las ocupaciones, excepto las técnicas y obreras. Los aumentos entre 1970 y 1990 no fueron únicamente entre

las ocupaciones de operarias y obreras, que se encontraban en descenso, y otras posiciones de calificación baja como los servicios, sino entre ocupaciones como ventas y asistencia administrativa (Tabla 8). Aunque este es sólo un indicador general, tal parece que si las mujeres encontraban mayores oportunidades en dichas ocupaciones, su crecimiento se plantea cada vez más insuficiente para absorber a todas las que habían estado empleadas en ellas.

Dicho indicador sugiere que, entre 1970 y 1980, las oportunidades de empleo para hombres y mujeres se definían más a partir de las tendencias de crecimiento en las ocupaciones en que cada género se concentraba. No aparecían diferencias por género tan marcadas en las probabilidades de encontrarse sin empleo para el grupo trabajador con experiencia al interior de cada ocupación, excepto entre operarias y obreras en 1970 y posiciones de venta en 1980. Para 1990, sin embargo, el crecimiento en ocupaciones como las de venta, asistencia administrativa y servicios, importantes en el aumento de empleo entre las mujeres, junto al descenso en las operarias, mostraba límites que las impactaban aún más que a los hombres (Tabla 8). Con una mayor concentración en tales posiciones, las mujeres han perdido sus empleos en una mayor proporción que los hombres.

Las tendencias anteriores sugieren que, incluso cuando las ocupaciones de cuello blanco pudieran estar más protegidas que la producción de bienes en algunos momentos de fluctuación económica, no están exentas de las tendencias a la reducción de empleo que las empresas han utilizado como medio de restringir los costos salariales. En el caso de posiciones de asistencia administrativa y de ventas, los límites pueden acentuarse en la medida en que, aunque cada vez más necesarias para el funcionamiento de las empresas y la realización de ganancias, éstas no incrementan la producción de capital (Bonilla y Campos 1986:13). El desarrollo tecnológico y los aumentos en productividad en estos y otros servicios, así como los recortes en el empleo gubernamental, pueden restringir aún más el empleo en estas posiciones en crecimiento.¹⁰

Al aumento en el desempleo se han añadido otras formas de reducir costos salariales. La proporción de empleo a tiempo completo y año completo aumentó de 53 a 56% para los hombres y 49 a 51% para las mujeres entre 1979 y 1989 (calculado por la autora a partir del Departamento de Comercio 1980b: Tabla 112; 1990b: Tabla 14). Este dato parece indicar que la crisis de acumulación se ha enfrentado limitando el empleo al núcleo más necesario y estable y reduciendo la proporción de empleos temporales establecidos como respuesta a las fluctuaciones del mercado. Sin embargo, el trabajo a tiempo parcial

ALICE E. COLÓN-WARREN

Tabla 8 Proporción no empleada del grupo trabajador civil con experiencia por ocupación por género, Puerto Rico 1970-1990						
Ocupación	1970		1980		1990	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Administración y relacionados	01	02	03	04	06	07
Profesionales	01	01	04	03	05	06
Técnicos(as)	02	02	05	05	07	07
Ventas	02	05	06	13	10	21
Asistencia administrativa y análogos	03	03	08	08	10	12
Servicios (no domésticos)	04	04	11	11	14	18
Capataces, trabajo diestro y análogos	05	05	13	13	16	17
Operarios(as)	05	09	12	13	15	20
Obreros(as)	08	13	19	22	22	19
Total	04	05	12	11	15	17
Grupo trabajador civil con experiencia*	457959	206141	527273	302489	658487	453079

*De acuerdo con el Censo, el grupo trabajador civil con experiencia o grupo trabajador civil "diestro", está compuesto por las personas empleadas y los "desempleados diestros", definidas como personas desempleadas que trabajaron en alguna ocasión en el pasado. Se excluyeron las ocupaciones de servicio doméstico y trabajo agrícola por su proporción mínima de la fuerza laboral.

Fuentes: Departamento de Comercio de los Estados Unidos, Negociado del Censo, 1990 Census Detailed Cross-tabulations for Puerto Rico (CPH-L-155), Tabla 26; Censo de población 1980, Puerto Rico, Tabla 115.

entre la fuerza laboral empleada, que se había mantenido constante entre 1970 y 1980, aumentó de 24 a 28% entre las mujeres y de 18 a 22% entre los hombres en la década de 1980 a 1990. La práctica se acercaba a la del Atlántico Medio, donde cerca de una tercera parte de las mujeres estaba empleada a tiempo parcial desde 1970. Como expresión de condiciones de trabajo inferiores, el empleo a tiempo parcial entre los hombres en Puerto Rico superaba al de los hombres en el Atlántico Medio, que se mantenía alrededor del 15 por ciento (calculado por la autora a partir del Departamento de Comercio 1970a: Tabla 164; 1970b: Tabla 131; 1980b: Tabla 111; 1990a: Tabla 24; 1990b: Tabla 25).

Con el movimiento a una economía de servicios, se aceleraron la reducción en el empleo y la flexibilización en horas de trabajo como medio para reducir costos salariales. Las mujeres se han mantenido más propensas a esa tendencia, aunque también ha afectado a los hombres puertorriqueños. La precariedad en las oportunidades de empleo ha creado las condiciones, además, para reproducir una economía informal paralela y, aunque bajo amenaza creciente por la competencia internacional, la producción independiente y a domicilio en industrias como la de la ropa (véase, por ejemplo, Colón 1990; Vega 1987; Petrovich y Laureano 1987).

Desigualdad en ingresos, "nivelación en el fondo" y feminización de la pobreza

El empleo de las mujeres parece haber dependido, pues, de mantener su situación desventajosa. Aun cuando las luchas de las mujeres han logrado leyes que prohíben el discrimen en el empleo y la paga inferior por el mismo trabajo,¹¹ todavía persisten diferencias en ingreso por género en muchas ocupaciones (Tabla 7). Estudios detallados como los de Luz del Alba Acevedo (1989, 1993) sugieren que incluso cuando puedan aparecer ingresos similares por ocupación, se esconden diferencias por género en que las mujeres empleadas ofrecen niveles de escolaridad o experiencia superiores, es decir, trabajo más calificado por la misma paga.¹² Las diferencias en ingreso se mantienen principalmente a través de la segregación por género en la cual los empleos donde se concentran las mujeres tienden a recibir una paga inferior que aquellos en los que se concentran los hombres.

Hemos planteado como hipótesis, en este sentido, que la desigualdad salarial por género se requiere fundamentalmente en aquellas posiciones en crecimiento y que necesitan mano de obra más abundante para mantener salarios bajos (Colón *et al.* 1988: 19). En el caso de las operarias y ocupaciones de capataces y trabajo diestro, una reducción en las

diferencias salariales por género y un aumento en los niveles de ingreso de las mujeres, pueden conllevar una reducción en la demanda de empleo que afecte a quienes se les empleaba a niveles salariales inferiores (Tablas 7, 2). Por otra parte, se ha reclutado de forma creciente a mujeres en empleos de cuello blanco en crecimiento para ocupar posiciones de rango inferior, como la asistencia administrativa, o de mayores desigualdades salariales. Incluso con el avance económico de un sector de mujeres, el empleo de mujeres puede limitarse por un descenso en la demanda de esa mano de obra menos costosa.

El aumento moderado en el empleo de mujeres esconde no sólo su subempleo y bajos salarios, sino la desocupación de aquellas desplazadas por las transformaciones industriales y por los límites impuestos al empleo incluso en sectores en crecimiento. Bien porque no se les haya abierto otras posiciones o porque comienzan a ser desplazadas más que los hombres incluso en las posiciones en que se concentraban las mujeres, persisten las restricciones a su empleo aun en condiciones de "ventaja de la desventaja" (Arizpe y Aranda 1986).

Es posible referirse aquí a una situación de "nivelación en el fondo" en las condiciones económicas de hombres y mujeres. Se han tendido a nivelar las oportunidades de empleo por género más al minar las condiciones de los hombres que al mejorar las de las mujeres. El nivel de empleo de los hombres ha descendido sin que lo haya compensado un incremento en el empleo de las mujeres. De otra parte, la nivelación entre géneros en el ingreso general se debe principalmente al desplazamiento de las operarias, con lo que las mujeres empleadas se han concentrado aún más en ocupaciones de cuello blanco, pero donde reciben una paga inferior a las posiciones en que se concentran los hombres. Estos, por su parte, mantienen una mayor dispersión que las mujeres a través de toda la estructura ocupacional, lo que les ofrece mayores posibilidades de empleo incluso entre los niveles de menor calificación e ingresos. Aun sin que las mujeres hayan alcanzado las oportunidades de empleo o los niveles de ingreso de los hombres, la nivelación no se completa sin que se reproduzcan la segregación, la competencia y la desigualdad que mantienen a las mujeres en posiciones subordinadas.¹³

Las tendencias hacia la feminización de la pobreza deben relacionarse con las condiciones estructurales antes descritas, además de vincularse al incremento en la proporción de familias encabezadas por mujeres. El ser jefa de familia sólo hace más visible para las mujeres las consecuencias de la desigualdad económica a que están sujetas, tanto por género, como por clase y otras características que estratifican nuestras sociedades. Así, mientras la proporción de familias encabezadas por

mujeres aumentaba de 16 a 23% entre 1970 y 1990, su tasa de pobreza apenas descendía de 74 a 70%, en comparación con 60 a 55% para el total de las familias. Con tasas de pobreza más elevadas, la proporción de familias encabezadas por mujeres entre las familias bajo el nivel de la pobreza se incrementaba desproporcionadamente de 19 a 29% durante el período (Tabla 9).

Quisiera volver a señalar aquí que las diferencias de clase y otras dimensiones de estratificación inciden en las tendencias de feminización de la pobreza, por lo que no todas las jefas de familia tienen la misma probabilidad de ser pobres (véase Colón-Warren 1994:255-256, 278-280). Estudios previos indicaron que las jefas de familia empleadas tenían una distribución ocupacional similar a la del total de mujeres, excepto por su mayor concentración en los servicios (Colón 1988). Mujeres en estatus superiores en los diferentes tipos de familia se han beneficiado de los incrementos en estas posiciones, aumentando sus niveles de empleo.

Las jefas de familia, sin embargo, se han encontrado inmersas en la falta de empleo generalizada en Puerto Rico y frente a las oportunidades aún más limitadas para las mujeres, con lo que aumentan sus probabilidades de pobreza. Sólo alrededor de una tercera parte de las jefas de familia estaba empleada entre 1969 y 1989, y la proporción ha sido aún inferior para aquellas jefas de familia bajo el nivel de la pobreza, cuya proporción de empleo ha oscilado alrededor del 24 por ciento (Tabla 9). Presionadas por sus mayores responsabilidades económicas, las jefas de familia han mostrado proporciones de empleo superiores a las mostradas al momento del Censo por el total de las mujeres.¹⁴ Para el Censo de 1990, sin embargo, la diferencia se hacía menos marcada, lo que sugiere un incremento en el empleo entre mujeres de otros estatus familiares (Tablas 9, 3). La pobreza entre las familias encabezadas por mujeres podía aún en 1990 relacionarse con su empleo en posiciones de salarios bajos, pero debía vincularse sobre todo a su falta de empleo.

Las familias encabezadas por mujeres también sufrían desproporcionadamente los límites a la ocupación en Puerto Rico si se considera el total de personas empleadas por familia. Estas familias mostraban un 45% sin ninguna persona empleada y sólo 15% con dos personas empleadas o más en 1989, comparado con 22% sin personas empleadas y 38% con dos personas empleadas o más en las familias en pareja. Las diferencias en empleo se hacían sentir no sólo en las tasas de pobreza de ambos tipos de familia sino en las proporciones que recibían Seguro Social y, sobre todo, otras formas de beneficios públicos.

Vale la pena hacer una aclaración metodológica antes de discutir los resultados de esta comparación. Los niveles de ingreso y pobreza identificados por el Censo presentan problemas que ameritan una posible

Tabla 9 Tipo de familia, empleo de personas jefe* y pobreza, Puerto Rico, Atlántico Medio de Estados Unidos y familias puertorriqueñas en el Atlántico Medio, 1970-1990 (por cientos)

	Puerto Rico			Atlántico Medio			Familias Puertorriqueñas en el Atlántico Medio		
	1970	1980	1990	1970	1980	1990	1970	1980	1990
Características de familias									
Con jefe empleado, 1989,79,89	71	67	68	85	77	77	71	67	61
Proporción familias con jefe mujer**	16	19	23	12	16	19	27	40	42
Proporción familias con jefe mujer** con jefe empleado, 1989,79,89	33	32	36	56	54	61	27	26	37
Proporción familias bajo pobreza	60	58	56	09	08	08	28	39	33
Proporción familias bajo pobreza con jefe empleado, 1989,79,89	61	43	44	41	39	38	33	21	20
Proporción bajo pobreza de familias con jefe mujer**	74	71	70	27	31	28	58	68	68
Proporción familias con jefe mujer** bajo pobreza con jefe empleado, 1989,79,89	24	22	24	27	28	32	08	11	15
Proporción familias con jefe mujer** de familias bajo pobreza	19	23	29	41	55	58	53	70	74
N (Familias)	561366	757645	869988	8421669	9657948	9743126	251438	318087	365278

* En algún momento en el año ** Sin esposo presente

Fuentes: Departamento de Comercio de Estados Unidos, Negociado del Censo, Censo de población 1990, Puerto Rico, Tabla 30; Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, Tablas 126, 54; Censo de población 1980, Puerto Rico, Tabla 65; Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, Tablas 103, 104; Censo de población 1970, Puerto Rico, Tabla 113; Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, Tabla 210.

redefinición y una mayor investigación. En primer lugar, se depende, como en las otras preguntas, de la información y la memoria de los que contestan, que en este caso puede encontrarse aún más limitada o sesgada. Por otro lado, no se consideran como ingresos los medios de subsistencia no monetarios, como los que pueden tener familias con fincas propias, o los beneficios sociales no ofrecidos en efectivo, como subsidios de vivienda y otras ayudas en especie. Existen diferencias en este sentido en cuanto a las fuentes consideradas en la contabilización de ingresos de asistencia pública. En Puerto Rico se consideraron como ingreso en 1989 los cheques de asistencia nutricional, mientras que en los Estados Unidos éstos se continúan ofreciendo como cupones, considerados beneficios en especie.

Por otra parte, Puerto Rico tiene topes en los fondos ofrecidos para programas como los de *Aid to Families with Dependent Children* (AFDC—Ayuda a Familias con Niños Dependientes), que no se habían establecido en los Estados Unidos, donde son de los más extendidos. De nuevo, aquí se trata de comenzar a explorar tendencias generales a partir de la información disponible, pero sería importante investigar con mayor detalle el acceso a las diferentes fuentes de asistencia pública y otros ingresos en los dos lugares y sus implicaciones para la seguridad económica, niveles de consumo, acceso a necesidades básicas y otras medidas de pobreza no consideradas por el Censo. (Para una discusión más completa de las definiciones censales al presente, véase el Apéndice B de los volúmenes del Censo de 1990).

Mientras poco más de una cuarta parte de las familias en pareja recibía asistencia pública en 1989, la proporción alcanzaba casi la mitad entre las familias encabezadas por mujeres y era aún superior, con 61%, entre las familias encabezadas por mujeres bajo el nivel de la pobreza. Aquí es preciso, sin embargo, desprender dos conclusiones adicionales. Primero, los beneficios no han alcanzado a cerca de 40% de estas familias y, segundo, el acceso a la asistencia pública entre ellas no ha resultado en ingresos disponibles en efectivo que les permitan superar los umbrales de pobreza establecidos.

De acuerdo con la discusión anterior, por otro lado, también sería posible concluir que la feminización de la pobreza ha polarizado las condiciones económicas entre familias encabezadas por mujeres y familias en pareja. El incremento sugerido en el empleo de mujeres en otros estatus familiares ha añadido ingresos a sus hogares y reducido sus niveles de pobreza, particularmente en la medida en que éstas se han concentrado en los empleos de cuello blanco. Han sido más las familias en pareja, aquellas con el hombre presente, las beneficiadas por la proporción mayor de personas empleadas por familia, cada vez más

importante en mantener a los hogares sobre los niveles de pobreza; mientras las familias encabezadas por mujeres se han mantenido más constantes en sus niveles de empleo y pobreza.

La feminización de la pobreza, sin embargo, está relacionada también con el estatus de los hombres y de las familias en pareja, además de su proporción en la población. Aquí es importante señalar que aunque las diferencias en la proporción de familias encabezadas por mujeres entre Puerto Rico y las puertorriqueñas en el Atlántico Medio se mantienen como un asunto importante de investigación y acción social. Para efectos de este trabajo me limitaré a subrayar que, a pesar de las elevadas tasas de divorcio, la proporción de familias encabezadas por mujeres se mantiene mucho más baja en la Isla (Tabla 9). Las tendencias que propenden a las personas a vivir en pareja—desde el apoyo y la solidaridad hasta la dependencia o las presiones sociales y económicas—parecen haber superado las tendencias a la separación y atomización que han generado los retos a la subordinación de género y las condiciones sociales imperantes (Colón 1988; Muñoz y Fernández 1988). De esta manera, la mayoría de las familias son aún familias en pareja y, bien por dominación patriarcal o por la ideología dominante en este sentido, en casi la totalidad de ellas, todavía en 1990 se identificaba a los hombres como jefes.¹⁵

La desocupación creciente y el descenso en ingresos reales entre los hombres en las familias en pareja, han implicado también una alta representación de este tipo de familia entre las familias pobres en Puerto Rico. La brecha mayor en el ingreso familiar se encontraba entre familias sin ninguna persona empleada, que recibieron \$4,093 en 1989, y aquellas con dos personas empleadas o más, que informaron ingresos de \$20,158, los que ascendían a \$21,335, cuando éstas incluían a ambos cónyuges. Con ingresos de \$9,446, aquellas familias con sólo una persona empleada se encontraban más cerca del polo inferior (Departamento de Comercio 1990b: Tabla 15). Abultando el medio, se encontraban aquellas familias que apenas superaban los umbrales de la pobreza incrementando sus horas de trabajo y el número de personas empleadas, aunque recibiendo ingresos bajos.

Ciertamente, las familias encabezadas por mujeres estaban sobrerrepresentadas entre las familias sin ninguna persona remunerada. Es preciso recordar, no obstante, que una tercera parte de los jefes de familias en pareja se mantenía sin empleo y el 22% de estas familias no tenía ninguna persona empleada en 1989 (Tabla 10). Los bajos niveles de empleo entre hombres y mujeres en Puerto Rico se hacían evidentes también entre las familias en pareja.

Los niveles de ingreso inferiores pueden expresarse al considerarse que la proporción de jefes empleados(as) entre las familias bajo el nivel

REESTRUCTURACIÓN INDUSTRIAL, EMPLEO Y POBREZA EN PUERTO RICO

Tabla 10 Empleados* y tipo de ingreso por tipo de familia Puerto Rico, Atlántico Medio en Estados Unidos y familias puertorriqueñas en el Atlántico Medio, 1989			
Características de familias	Puerto Rico	Atlántico Medio	Familias Puertorriqueñas en el Atlántico Medio
Familias en pareja			
Proporción jefes con empleo	66	80	79
Sin empleados	22	12	11
Con dos empleados o más	38	64	61
Con asistencia pública	26	04	15
Con Seguro Social	25	24	14
Familias con jefe mujer, sin esposo presente			
Con jefe empleada	35	61	37
Sin empleados	45	22	46
Con dos empleados o más	15	35	18
Con asistencia pública	47	25	55
Con Seguro Social	32	25	11
Familias bajo pobreza			
Con jefe empleado(a)	44	38	20
Con asistencia pública	50	41	64
Con Seguro Social	27	15	10
Familias con jefe mujer, sin esposo presente, bajo pobreza			
Con jefe empleada	24	32	15
Con asistencia pública	61	56	71
Con Seguro Social	28	10	07

*En algún momento en el año.
 Fuentes: Departamento de Comercio de Estados Unidos, Negociado del Censo, *Censo de población 1990*, Puerto Rico, Tablas 30, 14; Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, Tablas 126, 54, 123, 52.

de la pobreza en Puerto Rico es aún mayor que en el Atlántico Medio, aunque el descenso en el empleo en la Isla ha reducido la diferencia (Tabla 9). El estancamiento en los niveles de empleo e ingresos de los hombres y las mujeres se sugiere también en la tendencia ascendente de los ingresos de las familias encabezadas por mujeres en comparación con los de las familias en pareja, cuya proporción subió de 41 a 51% entre 1970 y 1990, aunque descendió levemente durante la última década (Tabla 11). En este ascenso puede, además, incorporarse el incremento en la proporción de familias encabezadas por mujeres bajo el nivel de la pobreza que han logrado amortiguar sus condiciones económicas a través de la asistencia pública, lo que constituye otra expresión de la nivelación en el fondo.

La brecha entre familias sin ingreso por empleo o con una sola persona empleada, frente a aquellas que tenían dos o más empleadas, no se ha limitado así en Puerto Rico a la desigualdad entre familias encabezadas por mujeres y familias en pareja. De esta manera, aunque las jefas de familia se han mantenido como las de más elevadas tasas de pobreza, éstas no representan una mayoría de las familias identificadas como pobres. En esta pobreza generalizada que incluye a las familias en pareja, es preciso destacar que las familias encabezadas por mujeres continúan como "las más pobres entre las pobres", además de reconocer, por otro lado, la pobreza de las mujeres en otros tipos de familia.

El Atlántico Medio

La población puertorriqueña en el Atlántico Medio, por otro lado, ha manifestado un incremento dramático en las familias encabezadas por mujeres entre las familias bajo el nivel de la pobreza. Esto no sólo se debe a un aumento marcado en las familias encabezadas por mujeres, con su mayor propensión a la pobreza, sino también a tasas de pobreza aún más elevadas que otros conjuntos (Colón-Warren 1984:257-261). La proporción de familias encabezadas por mujeres puertorriqueñas aumentó de 27 a 40 por ciento entre 1970 y 1980 y se mantuvo en 42% en 1990, mucho más alta que la proporción para la población en general, que ascendía a 18% al final de este período (Tabla 9). La tasa de pobreza entre las familias puertorriqueñas encabezadas por mujeres se disparaba de 58 a 68% entre 1970 y 1980 y, aunque volvió a bajar a 58% en 1990, se mantenía dos veces más alta que entre las de la población en total y más cercana a la de las familias de este tipo en Puerto Rico (Tabla 9). Asimismo, la mediana de ingreso familiar para las familias puertorriqueñas en pareja aumentaba de 59 a 75% del ingreso mediano del total de las familias en pareja en el estado de Nueva York entre 1970

Tabla 11 Ingreso familiar mediano por tipo de familia Puerto Rico, Nueva York y familias puertorriqueñas en Nueva York, 1970-1990									
	Puerto Rico			Nueva York			Familias Puertorriqueñas en Nueva York		
	1970	1980	1990	1970	1980	1990	1970	1980	1990
Ingreso familiar mediano									
Total	3063	5923	9988	10719	20180	39741	5697	9564	20206
Familias en pareja*	3457	6595	11671	11517	22466	45744	6781	14557	33317
Familias con jefe mujer, sin esposo presente	1416	3589	6015	5668	9543	20083	3191	4913	8649
Razón ingreso familiar mediano familias con jefe mujer/ familias en pareja									
	.41	.54	.51	.49	.42	.44	.47	.34	.26
Razón ingreso familiar mediano familias en pareja puertorriqueñas/ familias en pareja total, Nueva York									
							.59	.65	.72
Razón ingreso familiar mediano familias jefe mujer puertorriqueñas/familias en pareja total, Nueva York									
							.28	.22	.19

* En 1970 se identificaron como familias con jefe hombre con esposa presente.

Fuentes: Departamento de Comercio de Estados Unidos, Negociado del Censo, *Censo de población 1990*, Puerto Rico, Tabla 29; Nueva York, Tablas 125, 53; *Censo de población 1980*, Puerto Rico, Tabla 54; Nueva York, Tabla 103; *Censo de población 1970*, Puerto Rico, Tabla 158; Nueva York, Tabla 195.

y 1990. Sin embargo, el ingreso mediano de las familias encabezadas por mujeres puertorriqueñas descendía tanto como proporción del ingreso del total de las familias en pareja, de 28 a 19%, como en comparación al de las familias puertorriqueñas en pareja, lo que representaba un descenso de 47 a 26 por ciento (Tabla 11).

No es de extrañar que se le haya atribuido la pobreza y los problemas económicos de la población puertorriqueña a la situación de las jefas de familia. De acuerdo con los estereotipos más negativos, la falta de movilidad y la pobreza entre los puertorriqueños se han debido precisamente a que el acceso a beneficios públicos ha promovido que las mujeres mantengan sus familias sin tener un empleo ni una pareja estable, mientras que los hombres, sin presión de la responsabilidad familiar, tampoco se ven motivados al trabajo (Chávez 1991: Capítulo 7). Sin evidencia concluyente, ni un análisis más amplio de las condiciones que en nuestras sociedades promueven la inestabilidad familiar y la pobreza, las reformas a la beneficencia pública propuestas en Estados Unidos se han hecho eco de estos estereotipos.¹⁶ De nuevo aquí argumentaría que la situación económica de la comunidad puertorriqueña en Estados Unidos no debe explicarse responsabilizando a la estructura familiar, sino a su particular inserción en las estructuras de empleo y a las condiciones de discrimen y desigualdad por género, clase y origen nacional a que están sujetas las mujeres puertorriqueñas.

Los cambios en la composición industrial y ocupacional en el Atlántico Medio también han sido mediados por recomposiciones sociodemográficas en el mercado de empleo. El descenso en los trabajos de manufactura que ofrecían mejores condiciones ha afectado sobre todo el empleo de los hombres, quienes se han concentrado más en las industrias de productos duraderos. Este descenso se ha compensado por una mayor proporción que las mujeres en la construcción, transportación, comunicación y servicios públicos y aumentos en los servicios al productor y otros servicios profesionales, en una región de niveles de empleo superiores (Tabla 1).

Con proporciones más altas en los niveles de escolaridad superiores, los hombres en el Atlántico Medio tienen una mayor concentración en las posiciones administrativas de mayor rango (Tablas 5, 2). Además, se observa entre ellos una representación importante en las posiciones profesionales, que aumentan en el área como centro de servicios al productor, y mantienen pesos superiores a los de los hombres en Puerto Rico, por ejemplo, en las ocupaciones de diagnóstico en salud, o las ingenierías y ciencias naturales, vinculadas al desarrollo tecnológico (Tablas 2, 6). Así, aunque el empleo de los hombres en el Atlántico Medio descendió de 74% en 1970 a 68% en 1990, éstos mantenían

niveles de ocupación más elevados que los hombres puertorriqueños y las mujeres en general (Tabla 3).

Dada la concentración de la fuerza laboral puertorriqueña en la manufactura, el impacto de su descenso ha sido aún más marcado para ésta que para la población total, afectando las oportunidades de hombres empleados como operarios y obreros (Tablas 1, 2). La concentración de los puertorriqueños en esta ocupación se redujo de forma acelerada con la desindustrialización entre 1970 y 1980 y se mantuvo en descenso a 28% en 1990, aunque continuaba como su renglón de empleo más importante y superior a la de los hombres en Puerto Rico (Tabla 2). El descenso en el empleo de los hombres puertorriqueños fue mayor que el del total de los hombres de la región, de 67% a 59% entre 1970 y 1990, y aumentó aún más su nivel de desempleo. Aunque se mantenía en niveles superiores, el empleo de los puertorriqueños en el Atlántico Medio se acercaba así al de los hombres en Puerto Rico (Tabla 3).

Con el descenso en el empleo manufacturero, la composición industrial de la fuerza laboral puertorriqueña ha convergido con la de la población total en la región y se ha acercado en su concentración en el comercio, los servicios al productor y los servicios profesionales, incluyendo los servicios sociales de salud y educación (Tabla 1). Con proporciones aún bajas en niveles universitarios, sin embargo, los hombres puertorriqueños han respondido a la demanda de posiciones de menor rango, sobre todo en las ocupaciones de ventas y asistencia administrativa y servicios no domésticos (Tablas 5, 2). Aumentaba con este movimiento la flexibilización y su proporción de empleados a tiempo parcial de 9 a 15% entre 1970 y 1990 (calculado por la autora a base del Departamento de Comercio 1970a: Tabla 164; 1990a: Tabla 122). Se evidencia una tendencia a la polarización entre la proporción limitada que alcanzan niveles superiores, frente a los empleados en ocupaciones inferiores y particularmente los desplazados del mercado de empleo.

Según he mencionado, las ocupaciones en crecimiento han sido identificadas como femeninas desde principios de siglo en el Atlántico Medio y han llevado a un incremento en el empleo de las mujeres de 39% a 52% entre 1970 y 1990 (Tabla 3). Ante este aumento en el empleo femenino, se ha discutido mucho la reducción en el empleo de las puertorriqueñas durante la década del sesenta y por qué éste se mantiene aún bajo en comparación con otros conjuntos de mujeres. Aunque ha aumentado desde 1970, el empleo de las puertorriqueñas sólo alcanzaba un 40% en el Atlántico Medio en 1990 (Tabla 3).

Habría que recordar que el aumento en el empleo de mujeres se concentró en ocupaciones de asistencia administrativa y trabajo de oficina, que exigían niveles crecientes de escolaridad y credencialismo

más accesibles para las mujeres de mayores recursos económicos, predominantemente mujeres blancas (Colón-Warren 1994:270-272) (Tablas 2, 12). Sin embargo, la demanda creciente en estas posiciones las abrió a otros conjuntos, al mismo tiempo que se redujo en ellas la concentración de las mujeres blancas. En la medida en que se ha elevado la escolaridad de las puertorriqueñas a niveles intermedios—escuela superior y alguna educación universitaria—este grupo ha respondido a la demanda en ocupaciones de asistencia administrativa y ventas, lo que explica la mejoría en niveles de empleo entre las puertorriqueñas en las últimas décadas (Tablas 5, 2, 3). La proporción de puertorriqueñas en estas ocupaciones aumentó de 35% en 1970 a 43% en 1990, cuando superaban en este renglón ocupacional a las mujeres de otros conjuntos raciales y de origen nacional considerados, incluyendo a las blancas (Tablas 2, 12).

Bajo condiciones de crisis de acumulación, el crecimiento en posiciones administrativas y burocráticas ha llevado a abrirlas también a otros conjuntos además de los hombres. Con su continua elevación en escolaridad, una proporción creciente de las mujeres se ha orientado hacia posiciones en administración y gerencia, por lo que éstas aumentaron de 3 a 11% de las empleadas entre 1970 y 1990 (Tablas 5, 2). Fueron de nuevo aquí las mujeres blancas las que tuvieron más acceso, con un aumento de 7 a 12% en su concentración en estas posiciones entre 1980 y 1990, y una mayor proporción de profesionales, que alcanzaba 23% en 1990. La demanda abrió, asimismo, las posiciones a mujeres de otros conjuntos, incluyendo a las puertorriqueñas, las que, aún con una proporción limitada en niveles de escolaridad superior, aumentaron de 4 a 9% su concentración en posiciones administrativas y de 10 a 15% en las profesionales (Tablas 2, 5, 12).

Al igual que en Puerto Rico, este movimiento hacia una economía de servicios en el Atlántico Medio ha incorporado a las mujeres para llenar la demanda de empleo burocrático y de coordinación de menor jerarquía. Aunque el peso de las mujeres en posiciones administrativas ha aumentado más que en la Isla, aún predominan en ellas los hombres y una proporción alta (37%) se encontraba en 1990 en posiciones relacionadas con la administración, pero no así en las posiciones de mayor jerarquía (Tabla 6). Por otra parte, se confirma la tendencia expresada en estudios anteriores en el sentido de que frente al conjunto amplio de puertorriqueñas no empleadas, aquellas que encuentran empleo constituyen un grupo selecto cuando se les compara con los hombres puertorriqueños empleados, aunque están mayormente concentradas en empleos de cuello blanco de menor rango, como el trabajo secretarial (Mann y Salvo 1985; Colón-Warren 1984:265; Santana Cooney y Colón

Tabla 12 Distribución ocupacional de mujeres empleadas por grupo étnico y origen nacional, Atlántico Medio de Estados Unidos, 1980-1990

Ocupación	Puertorriqueñas		Mexicanas		Cubanas		Otras Hispánicas		Blancas		Negras	
	1980	1990	1980	1990	1980	1990	1980	1990	1980	1990	1980	1990
Administración y relacionadas	04	09	05	07	05	10	04	06	07	12	05	09
Profesionales/técnicas	10	15	13	13	12	18	09	10	19	23	15	18
Ventas/asistencia administrativa	41	43	35	32	35	38	30	31	46	42	38	39
Servicios (no doméstico)	13	16	19	20	12	13	14	21	14	13	23	23
Servicio doméstico	01	01	03	04	00	01	04	04	01	01	04	02
Capataces, trabajo diestro y análogos	04	03	02	03	04	03	04	04	02	02	02	02
Operarias y obreras	27	14	22	21	31	17	36	23	11	07	12	07
Trabajo agrícola	00	00	01	01	00	00	00	00	01	01	00	00
Total empleadas	144974	220194	10422	21743	37720	38944	136198	250310	5485275	6617411	779161	1074911

Fuentes: Departamento de Comercio, Negociado del Censo, *Censo de población de 1990*, Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, Tablas 50, 124; *Censo de población 1980*, Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, Tabla 102.

1979b; Meléndez *et al.* 1991:10; Hinojosa-Ojeda *et al.* 1991:35; Falcón y Hirschman 1992:40-47).¹⁷ Su proporción en puestos administrativos (9%), si bien es limitada, también aparece aquí mayor que la de los hombres puertorriqueños (7%) y representa cerca de la mitad de la fuerza laboral puertorriqueña empleada en estas posiciones (Tablas 2, 6). También entre las puertorriqueñas, sin embargo, el 41% se encuentra en posiciones relacionadas con la administración y no en las de mayor poder gerencial. De la misma forma, aunque representaban una proporción mayor de la fuerza laboral puertorriqueña empleada en ocupaciones profesionales, al igual que las mujeres en general, se concentraban en las posiciones de magisterio, bibliotecarias, consejería y tratamiento en salud (Tabla 6).

Esta demanda en ocupaciones de cuello blanco, por otro lado, puede verse amenazada por las reducciones en empleos corporativos y, en particular, los gubernamentales, que para las puertorriqueñas ha representado un renglón de mayores oportunidades que para las mujeres y los puertorriqueños en general (Tabla 4). Además de su movimiento a otras ocupaciones de cuello blanco, estas reducciones pueden explicar el descenso en la proporción de mujeres blancas en los empleos de asistencia administrativa, aunque éste continúa como su renglón ocupacional principal. La presencia de mujeres de otros conjuntos, junto a la de las mujeres blancas, quienes habían ocupado este nicho ocupacional desde principios de siglo, restringe para las puertorriqueñas las posibilidades de un nivel de empleo más elevado. Así, por ejemplo, junto al incremento en el empleo, las puertorriqueñas muestran aumentos en el desempleo de 8 a 14% entre 1970 y 1980, el cual se mantenía en 13% en 1990. La flexibilización de su trabajo, por otro lado, con un aumento de 20 a 27% en el empleo a tiempo parcial, se acercaba al 32% del total de mujeres en la región y convergía con el de las mujeres en Puerto Rico (calculado por la autora a base del Departamento de Comercio 1970a: Tabla 164; 1990a: Tablas 122, 24).

Aún más importante, el aumento en el empleo de este conjunto selecto de mujeres puertorriqueñas se da frente al desplazamiento de las de menos calificación, concentradas en ocupaciones de cuello azul. Todavía en 1980 una proporción elevada de 44% de puertorriqueñas se encontraba con niveles inferiores a 9 años de escolaridad y, aunque había descendido a 26% en 1990, ésta era aún muy superior a la del total de las mujeres del Atlántico Medio, que apenas llegaba al 10 por ciento (Tabla 5). El sistema educativo no ha propiciado una elevación mayor en la educación de un conjunto que ha tenido una migración masiva hacia Estados Unidos desde 1950.

Cabe señalar que para estas mujeres, incluyendo a las jefas de familia

de baja escolaridad, el nicho había sido la ocupación de operarias, particularmente en la industria de la ropa. La participación laboral de las puertorriqueñas fue una de las más elevadas en comparación con otros grupos de mujeres, mientras tales empleos estuvieron disponibles durante la década de 1950. Su fuga creciente a partir de la década de los sesenta y las oportunidades limitadas en los mercados de empleo en que se han encontrado, explican en diferentes estudios el descenso en la participación laboral de las puertorriqueñas y el que ésta se mantenga aún en niveles inferiores a la de otros conjuntos de mujeres, aun cuando también pesen sus características individuales como fecundidad, edad o educación (Santana Cooney 1979; Santana Cooney y Colón-Warren 1979a; Santana Cooney y Ortiz 1983; Meléndez y Figueroa 1992). La proporción de puertorriqueñas operarias en el Atlántico Medio, que con 41% en 1970 superaba a la de las mujeres en Puerto Rico, continuaba descendiendo dramáticamente a 14%, alcanzando un parámetro similar al de la Isla en 1990 (Tabla 2).

Habría que añadir a esta ecuación el aumento creciente de otros grupos de mujeres latinas en la población del Atlántico Medio a partir de 1970. Puesto que mostraban mayores tasas de participación laboral y mayores concentraciones como operarias para 1980, se ha debatido si su presencia contribuyó al desplazamiento de las puertorriqueñas en la industria de la ropa (Colón-Warren 1994:277-278). Aquí habría que recordar que esta mayor participación laboral se da en relación a un número mucho menor al de las puertorriqueñas y que eran éstas últimas las que, ya concentradas en las posiciones de operarias, podían mostrar más su tendencia descendente. Esto, a pesar de que junto a las mujeres de otros conjuntos de migrantes más recientes, se mantuvieran como fuerza laboral para los empleos aún disponibles. Aún así, el que el empleo de conjuntos puertorriqueños y otros grupos minoritarios en la región (no desagregados por género) no fuera suficiente para reducir los niveles de ingreso por ocupación durante la década de los sesenta, podía hacer necesario un contingente adicional de empleadas para las ocupaciones de menor paga, particularmente en industrias que, como la de la ropa, competían con los bajos salarios en otros países (Colón-Warren 1984: Capítulo 6). Una intensificación de esta competencia por parte de las puertorriqueñas hubiera abonado a un mayor deterioro salarial.

En todo caso, la industria de la ropa y la electrónica se han reconstituido de manera que muchas empresas sobreviven con condiciones de empleo deterioradas y trabajo a domicilio, por lo que han dependido de las migrantes latinas más recientes (Fernández Kelly y Sassen 1995:103-11). Son empleos diferentes a los que tradicionalmente ocupaban las puertorriqueñas, aunque también éstas circulen por ellos.

No obstante, incluso estos grupos de migrantes latinas recientes se han visto ya afectados por la fuga de industrias. Por ejemplo, entre 1980 y 1990, el empleo de operarias entre otras hispanas descendió de 36 a 23%, aunque se mantenían más concentradas en esta ocupación que otros conjuntos de la población (Tabla 12).

El otro renglón de empleos abiertos a mujeres de menos escolaridad ha sido el de los servicios. En éstos, sin embargo, ya se encontraban concentradas las mujeres negras y mexicanas desde las pasadas décadas, de manera que también aquí la incorporación de las puertorriqueñas se ha visto limitada por ser el nicho ocupacional de otros grupos. Ya para 1990, las puertorriqueñas estaban presionadas por el deterioro en sus oportunidades económicas y aumentaba su concentración en estas ocupaciones de 13 a 16%-superior a su proporción como operarias-aunque aún inferior a la proporción de negras y mexicanas en estas posiciones. Con el movimiento de puertorriqueñas, negras, cubanas y mexicanas a posiciones secretariales e incluso profesionales y administrativas, junto al desplazamiento de la manufactura durante la década, las otras hispanas se han movido más hacia ese nicho, aumentando de 14 a 21% su concentración en las ocupaciones de servicio no doméstico (Tabla 12).

Estas transformaciones han implicado para los distintos conjuntos en el Atlántico Medio, pero de forma muy marcada en la población puertorriqueña, una polarización y una brecha aún mayor que en Puerto Rico, entre familias sin nadie empleado y aquellas con dos o más personas empleadas. El ingreso mediano del total de las familias sin personas empleadas en Nueva York en 1990, por ejemplo, era de \$12,519, comparado con \$52,172 entre las de dos o más con empleo y \$55,025 cuando éstas incluían a ambos cónyuges. Entre las familias puertorriqueñas, las cifras correspondientes eran de \$5,223, si no había nadie empleado, cifra cercana a la de las familias similares en Puerto Rico, mientras la de las familias con dos personas empleadas o más (\$41,691), se acercaba a la del total de familias similares en el Atlántico Medio, alcanzando \$45,694 cuando ambos cónyuges recibían remuneración (Departamento de Comercio 1990a: Tablas 53, 125). La polarización en la región podía incluso marcarse como una entre familias con y sin personas empleadas, pues en las familias en que sólo una persona trabajaba remuneradamente, el ingreso ascendía a \$28,732 para el total de las familias y \$19,204 entre las familias puertorriqueñas. En el Atlántico Medio esta polarización se ha manifestado como una polarización entre familias de diferente tipo (Colón-Warren 1994:278-280; Santana Cooney y Colón 1980:58-73).

La tasa de pobreza entre el total de las familias encabezadas por

mujeres en el Atlántico Medio ha sido muy inferior a la de las familias en general en Puerto Rico, lo que puede relacionarse con proporciones casi tan altas de empleo entre las jefas y otras personas como entre las de las familias en pareja en la Isla, en una región con una concentración mayor de mujeres en ocupaciones de rango superior e ingresos más elevados (Tablas 9, 10). Este patrón recuerda de nuevo la necesidad de considerar otros factores además del género y el tipo de familia al analizar las probabilidades de pobreza. Sin embargo, los niveles de empleo entre jefas de familia en pareja en el Atlántico Medio eran en 1989 más elevados incluso que los de los hombres en general en 1990 y una proporción creciente de estas familias tenía más de una persona empleada (Tablas 2, 9, 10).¹⁸ Con seguridad, entre estas familias están representados los hombres y mujeres empleadas en las posiciones de rangos más elevados, que constituyen el polo superior de ingresos; mientras bajo la mediana se mantienen los que, con más personas empleadas, al menos logran superar los umbrales de pobreza.

Por su parte, las jefas de familia mostraban durante los años previos a los Censos niveles de empleo superiores al de las mujeres en general en los años censales, pero éstos eran aún inferiores a los indicados entre jefas de familia en pareja y contaban, además, con menos personas empleadas por familia y una proporción más alta sin nadie con empleo en 1989 (Tablas 3, 9, 10). La polarización entre familias sin nadie empleado y aquellas con dos o más personas empleadas se expresaba así de manera más marcada por tipo de familia. En el estado de Nueva York, por ejemplo, la proporción de la mediana de ingreso de las familias encabezadas por mujeres descendía de 49 a 44% del ingreso mediano de las familias en pareja entre 1970 y 1990 (Tabla 11). Aunque una amplia mayoría del total de las familias encabezadas por mujeres no era pobre en el Atlántico Medio, sus probabilidades de encontrarse bajo estos umbrales eran tres veces más altas que las de las familias en general y desde 1980 se constituían en una mayoría de las familias bajo pobreza (Tabla 9). En una proporción que se acercaba a la de estas familias en Puerto Rico, más de la mitad de las familias encabezadas por mujeres bajo el nivel de la pobreza en el Atlántico Medio recibía asistencia pública en 1989, lo cual indica la insuficiencia de estos fondos para permitirles superar sus condiciones económicas (Tabla 10).

La desocupación se vinculaba de manera principal a dichas condiciones, ya que estas jefas de familia bajo el nivel de la pobreza mostraban en 1989 niveles de empleo muy inferiores al total de las mujeres en 1990 (Tablas 3, 9). Ante la presión económica y la demanda prevaleciente en empleos de rango inferior, sin embargo, una proporción creciente de estas mujeres se encontraba empleada en 1989 en

comparación con las décadas anteriores, de manera que su pobreza debía también relacionarse con los bajos salarios (Tabla 9). De acuerdo con la descripción ocupacional previa, es posible que estas empleadas bajo el nivel de la pobreza provengan desproporcionadamente de conjuntos migrantes y no blancos. Un análisis más detallado requeriría explorar diferencias de clase, raciales, étnicas y de origen nacional en este sentido.

La polarización por tipo de familia, por ejemplo, es aún más clara entre la población puertorriqueña en el Atlántico Medio. La condición de las familias puertorriqueñas en pareja se acerca, en cuanto a empleo se refiere, a la del total de familias en pareja, aunque no hayan alcanzado las posiciones de rango superior. Para 1989, cerca del ochenta por ciento de sus jefes había tenido empleo y sobre 60% indicaba más de una persona empleada, con lo que acercaban sus niveles de ingreso a los del total de familias en pareja (Tablas 10, 11).¹⁹

Por su parte, entre 1979 y 1989 aumentó el nivel de empleo entre las jefas de familia puertorriqueñas y el descenso en su tasa de pobreza sugiere que al menos parte de éste respondió a la demanda en ocupaciones de cuello blanco (Tabla 9). Al igual que en décadas anteriores, sin embargo, este nivel de empleo en 1989 era todavía inferior al del total de las mujeres puertorriqueñas en 1990. El aumento del empleo entre las puertorriqueñas en el Atlántico Medio también era mayor en otros tipos de familia y expresa el desplazamiento de las ocupaciones de aquellas mujeres en estratas inferiores (Tablas 3, 9). Es así como, con cifras muy similares a las de las familias encabezadas por mujeres en Puerto Rico, la proporción de familias sin personas empleadas en 1989 era mucho más elevada que la del total de familias encabezadas por mujeres en la región, y mucho más baja que la de aquellas con dos o más personas empleadas (Tabla 10). Presentaban así tasas de pobreza muy superiores a las del total de familias encabezadas por mujeres en el Atlántico Medio, las que se mantienen más cercanas a las de este tipo de familia en Puerto Rico (Tabla 9). La incidencia de la pobreza, como el incremento de familias encabezadas por mujeres, pudo ser más elevado, ya que ante las presiones económicas, al menos en la ciudad de Nueva York, las jefas de familia han recurrido a vivir como subfamilias con otros jefes de vivienda. Se ha reducido así la visibilidad de estas familias y sus probabilidades de pobreza para efectos estadísticos, sobre todo si se considera que deben haber predominado entre estas subfamilias precisamente aquellas cuyos recursos les dificultaban mantener una vivienda propia (Department of City Planning 1994:27-28, 54-55).

La pérdida de un nicho para el empleo de mujeres puertorriqueñas de estratas inferiores en el Atlántico Medio se manifiesta en el bajo nivel de empleo entre las jefas de familia puertorriqueñas bajo el nivel

de la pobreza. Esta falta de empleo puede relacionarse con su proporción más elevada que entre familias similares en la Isla que recibían asistencia pública en 1989, aunque tampoco entre éstas se cubría a todas las familias bajo el nivel de la pobreza (Tabla 10). También la presión económica parece haber incrementado a 15% la presencia de "trabajadoras bajo pobreza" entre las jefas de familia puertorriqueñas (Tabla 9). Puede comenzar a cambiar el carácter selectivo de las mujeres puertorriqueñas empleadas y acentuarse una polarización entre aquellas en diferentes tipos de ocupación.²⁰ La polarización mayor se mantiene aún en cuanto a oportunidades de empleo.

Es así como encontramos, sobre todo en la población puertorriqueña, familias en pareja en las que ambos cónyuges se encuentran empleados, y cuyos niveles de ingreso han mejorado consistentemente o al menos se mantienen sobre los niveles de pobreza, contando, aunque sea en parte, con el empleo creciente entre las mujeres y su movilidad a ocupaciones de cuello blanco. De otro lado, están los sectores no empleados, subempleados y bajo el nivel de la pobreza, entre los que se encuentra sobrerrepresentada la proporción creciente de familias encabezadas por mujeres desempleadas y en condiciones de dependencia. Estos representan sectores cuyas condiciones se acercan a las de las familias bajo pobreza en Puerto Rico, evidentes sobre todo en la similaridad en la situación de las familias sin empleados y, entre ellas, particularmente las familias encabezadas por mujeres.

Conclusiones

Quedan todavía interrogantes importantes en torno a la feminización de la pobreza en Puerto Rico y entre las familias puertorriqueñas en el Atlántico Medio. Entre ellas está la marcada diferencia en la incidencia de familias encabezadas por mujeres y los distintos factores que inciden en el empleo de las mujeres puertorriqueñas, además de las complejas relaciones entre la desocupación e inestabilidad económica y las dinámicas y conformaciones familiares. En este sentido, es necesario ubicar estas tendencias en un análisis más amplio de las relaciones de género, clase y otras dimensiones de estratificación en ambos lugares. En el caso de la población puertorriqueña en Estados Unidos, sería importante considerar no sólo las diferencias por estratas y clases sociales, sino por generación y estatus migratorio, además de su creciente dispersión geográfica y la diversidad entre comunidades ubicadas en localidades distintas. Cabría aquí sugerir, como otro ejemplo, la necesidad de revisar los indicadores de pobreza para considerar su medición tanto en términos relativos como absolutos, así como los

Una verdadera reforma del llamado Estado benefactor se dirigiría a garantizar la seguridad social de los sectores más amplios de la población y a ofrecer los servicios y apoyos necesarios para el desarrollo personal y social de los beneficiarios(as), incluyendo aquellos requeridos para realizar las múltiples responsabilidades asignadas a las mujeres.

ingresos y recursos disponibles entre diversos sectores, junto a la apreciación que hagan de éstos las distintas poblaciones. No obstante, este trabajo ha explorado las condiciones que inciden en la situación económica de las familias, haciendo énfasis en las oportunidades de empleo por género en ambos lugares.

El movimiento hacia una economía de alta tecnología y servicios en Puerto Rico ha continuado acercando su composición industrial y ocupacional a la de centros como los de la región del Atlántico Medio, presentando tendencias similares como la flexibilización en el empleo y la incorporación de las mujeres a los empleos en crecimiento, mientras se estanca o descende el empleo de los hombres. Como economía subordinada, en Puerto Rico no se ha concentrado una mayor proporción de las posiciones de mayor rango burocrático, técnico, comercial o financiero. Tampoco en la Isla se han alcanzado los niveles de empleo articulados a estas posiciones, que se encuentran en la región del Atlántico Medio, con Nueva York en su centro. En este sentido, la falta de empleo y los salarios inferiores entre hombres y mujeres en Puerto Rico han tendido a una "nivelación en el fondo" entre la fuerza trabajadora de ambos géneros y una pobreza más generalizada entre familias de tipo diferente, aun cuando las familias encabezadas por mujeres continúan como "las más pobres entre las pobres".

La mayor concentración en posiciones de alto rango en el Atlántico Medio, junto a la ampliación de posiciones en un mercado laboral secundario, resulta allá en una polarización ocupacional en que los migrantes y las mujeres llenan la demanda de los empleos inferiores. Resulta también en una polarización entre familias sin nadie empleado y aquellas con más personas empleadas, que en la región se ha dado como la polarización entre familias en pareja y familias encabezadas

por mujeres. La brecha se acentúa en la población puertorriqueña, en la que las familias en pareja se acercan al total de estas familias en cuanto a niveles de empleo e ingreso, mientras una proporción creciente de familias encabezadas por mujeres se ve afectada por el desplazamiento de la industria manufacturera, el antiguo nicho de las mujeres puertorriqueñas, junto a las oportunidades de empleo limitadas para personas de estratas inferiores. La "nivelación en el fondo" incluye a los puertorriqueños y puertorriqueñas desplazadas y subempleadas en el mercado de empleo secundario y a las familias encabezadas por mujeres, que se concentran en estos sectores.

La globalización de la economía puede intensificar esta polarización, que mantiene un conjunto limitado en posiciones mejor pagadas, cuya producción y empleo se dirigen a los intereses de los sectores de mayor poder económico a través de la economía mundial. Se puede ampliar la "nivelación en el fondo" como otro polo, incluso entre los hombres blancos que han estado en ventaja en los países centrales, pero que han visto amenazadas sus oportunidades de empleo con la competencia internacional y la fuga de industrias. Esto ocurre mientras se deterioran las condiciones de las estratas inferiores, en las que predominan las mujeres, sobre todo las mujeres de conjuntos migrantes, minoritarios y en los países subdesarrollados. Las reformas que restringen beneficios y servicios sociales sólo acentúan esta polarización.

No se puede obviar, por tanto, la necesidad de revisar las estrategias sociales y económicas dominantes, que reproducen y se nutren de la desigualdad y vulnerabilidad de los conjuntos de menor poder como las mujeres, los migrantes y la fuerza laboral de los países subdesarrollados. Se requeriría, en este sentido, la erradicación de la discriminación y barreras institucionales persistentes en educación, adiestramiento y empleo, además de la protección del creciente número de trabajadores y trabajadoras contingentes. Asimismo, se hace necesario ampliar los servicios de apoyo como cuidado de niños, servicios de salud, educación y transportación adecuados, que faciliten la incorporación de las mujeres y particularmente las mujeres de estratas inferiores, al empleo y otras funciones sociales.

Se requiere, además, una revisión de las reformas planteadas al sistema de beneficencia. Ofrecidos más como un mecanismo legitimador que como un medio para el desarrollo, los beneficios públicos han permitido alguna resistencia al deterioro en las condiciones de empleo, pero apenas han amortiguado los conflictos económicos y sociales generados por las tendencias de reestructuración industrial. No sólo han sido insuficientes incluso en los momentos de su mayor ampliación, sino que no han permitido a los sectores de las estratas inferiores superar

los umbrales de pobreza. Una verdadera reforma del llamado Estado benefactor se dirigiría a garantizar la seguridad social de los sectores más amplios de la población y a ofrecer los servicios y apoyos necesarios para el desarrollo personal y social de los beneficiarios(as), incluyendo aquellos requeridos para realizar las múltiples responsabilidades asignadas a las mujeres. Más allá de reformas, habría que repensar un sistema que al imponer límites al empleo y restringir otros medios de subsistencia, ha promovido en nuestras sociedades la competencia y segregación en el mercado de trabajo y ha mantenido las bajas salariales y la pobreza.

NOTAS

¹ Para efectos de este ensayo, la región del Atlántico Medio comprende los estados de Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania.

² Para discusiones sobre esta convergencia véase, por ejemplo, Meléndez (1993a); Bonilla (1994); Meléndez (1993b).

³ La emigración masiva de la década de 1950, la presión de trabajadores y firmas en Estados Unidos y las luchas de los(as) trabajadores(as) en Puerto Rico, además de la presencia de una mano de obra más educada y calificada, se han mencionado como factores relacionados al incremento salarial en Puerto Rico y el movimiento a industrias de capital intensivo. Para nuestros análisis anteriores véase Colón *et al.* (1988).

⁴ Los cálculos son de la autora, basados en el censo de la población de Puerto Rico de 1980 (Departamento de Comercio 1980b: Tabla 124).

⁵ La situación fue discutida ampliamente en los trabajos de la Cumbre para el Desarrollo Social de las Naciones Unidas, uno de cuyos temas centrales fue precisamente la creación de empleo (United Nations 1995:7, 16-18, 79-94).

⁶ Para un análisis de las posibilidades de resistencia véase, por ejemplo, Piven y Cloward (1988:29-39). Entre las discusiones de la función del trabajo doméstico y la economía informal para la economía y las industrias periféricas véase, por ejemplo, Bernholdt-Thomsen (1987:96-104); Harrison (1977:102-107).

⁷ Entre los numerosos volúmenes dedicados al análisis de la incorporación de las mujeres en la economía en países desarrollados y subdesarrollados véase, por ejemplo, Leacock y Safa (1986); Ward (1990); Bose y Acosta-Belén (1995); Roos (1985); Farley (1985).

⁸ La concentración de los hombres por industria puede establecerse por el lector a partir de la comparación entre la distribución industrial total y la de las mujeres. Para simplificar la presentación no se ha incluido en la tabla la información específica para los hombres, pero ésta se encuentra disponible a través de la autora.

⁹ La proporción de empleadas con alguna educación universitaria en ocupaciones no administrativas profesionales o técnicas aumentó entre 1970 y 1980 y fue mayor para las mujeres que para los hombres (Colón 1989).

¹⁰ La estrategia de incrementar la productividad en los servicios se sugiere, entre otros, por Johnston *et al.* (1987:107-109).

¹¹ Entre éstas se encuentran, por ejemplo, el Equal Pay Act, de 1963, y el Título VII en la legislación estadounidense. En Puerto Rico rigen además la Ley 100, de 1959, enmendada para incluir el discrimen por razón de sexo en 1972, y la Ley 69 de 1985, que exige el estricto cumplimiento de la igualdad de derecho al empleo de la mujer.

¹² También he encontrado proporciones mayores de empleadas con educación universitaria en ocupaciones no administrativas o profesionales (Colón 1989: Tabla 7).

¹³ El nivel de ingreso entre los trabajadores(as) como proporción del umbral de pobreza establecido para una familia de cuatro en 1990, por ejemplo, había descendido para hombres y mujeres en comparación con las décadas anteriores, y eran los ingresos de las mujeres los que se mantenían en niveles inferiores en 80%, frente a 87% para los hombres (calculado por la autora a base del Departamento de Comercio 1990c: Tabla 29; 1980b: Tabla 120; 1970b: Tablas 141, 142).

¹⁴ La comparación no es estricta, pues se trata de momentos y medidas diferentes: el empleo en algún momento del año previo a los Censos en el caso de las jefas de familia, y el empleo en la semana del Censo para el total de las mujeres. Aun así, la comparación es útil para sugerir las tendencias en las diferencias en el empleo de jefas de familia y la fuerza trabajadora en general, entre conjuntos y a través del período considerado. Cabe la misma aclaración para comparaciones similares entre diferentes grupos en cuanto al empleo de los jefes y niveles de empleo generales.

¹⁵ Cerca del 7% de las familias puertorriqueñas en pareja tenía una jefa en 1990 (calculado por la autora a partir del Departamento de Comercio 1990b: Tabla 23).

¹⁶ Entre las noticias recientes que describen los recortes de asistencia pública véase, por ejemplo, *El Nuevo Día* (1996:7).

¹⁷ Para 1990, se encontraron mejoras en ingresos entre las mujeres puertorriqueñas mayores a las de los hombres (Rivera-Batiz y Santiago 1995:80-84). También se describen mejoras en la composición ocupacional en Nueva York en Department of City Planning (1994:84-86).

¹⁸ La proporción de familias en pareja en el Atlántico Medio con dos empleados o más en 1980 era de 57%, en comparación con 64% en 1990 (calculado por la autora a partir del Departamento de Comercio 1980a: Tablas 103-104; 1990a: Tablas 126, 54).

¹⁹ El aumento en familias en pareja con dos empleados o más fue aún mayor que para el total de estas familias, de 49 a 61% entre 1980 y 1990 (calculado por la autora a base de los datos del Departamento de Comercio 198a: Tablas 183, 104; 1990a: Tablas 126, 54).

²⁰ Alguna tendencia en este sentido han señalado Falcón y Hirschman (1992:40-43); Hinojosa-Ojeda *et al.* (1991:42).

REFERENCIAS

- Acevedo, Luz del Alba. (1993). Género, trabajo asalariado y desarrollo industrial en Puerto Rico: la división sexual del trabajo en la manufactura. En *Género y trabajo: la industria de la aguja en Puerto Rico y el Caribe hispánico*, editado por María del Carmen Baerga, pp. 161-212. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Acevedo, Luz del Alba. (1989). Desarrollo y división del trabajo por género: el empleo en los servicios en Puerto Rico. Ponencia presentada en el Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, Miami, diciembre.
- Acevedo, Luz del Alba. (1987). Políticas de industrialización y cambios en el empleo femenino en Puerto Rico, 1947-1982. *Homines*, Tomo extraordinario Núm. 4:40-69.
- Almenas Velasco, Angeles. (1987). La participación de la mujer puertorriqueña en la educación superior de la Isla: reconstrucción histórica. *Homines*, Tomo extraordinario, Núm. 4, pp. 207-243.
- Arizpe, Lourdes y Josefina Aranda. (1986). Women Workers in the Strawberry Agribusiness in Mexico. En *Women's Work*, editado por Eleanor Leacock y Helen Safa, pp. 174-193. South Hadley, Mass.: Bergin and Garvey.
- Averitt, Robert T. (1968). *The Dual Economy*. Nueva York: Norton.
- Bernholdt-Thomsen, Vernika. (1988). "Investment in the Poor": An Analysis of World Bank Policies. En *Women: The Last Colony*, editado por María Mies, Veronika Bernholdt-Thomsen y Claudia von Werlhof, pp. 51-63. Londres: Zed Books.
- Bernholdt-Thomsen, Vernika. (1987). También en el Tercer Mundo se crea el ama de casa, ¿por qué? *Homines*, Tomo extraordinario Núm. 4, pp. 96-104.
- Bluestone, Barry. (1977). Characteristics of Marginal Industries. En *Problems in Political Economy*, editado por David Gordon, pp. 97-101. Lexington, Mass.: D.C. Heath.
- Bluestone, Barry y Bennett Harrison. (1982). *The Deindustrialization of America*. Nueva York: Basic Books.
- Bonilla, Frank. (1994). Manos que sobran: Work, Migration, and the Puerto Rican in the 1990's. En *The Commuter Nation: Perspectives on Puerto Rican Migration*, editado por Carlos Torre, Hugo Rodríguez Vecchini y William Burgos, pp. 115-149. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Bonilla, Frank y Ricardo Campos. (1986). Exclusion from Work: Race, Ethnicity, and Sex in the Formation of U.S. Labor Reserves. En *Industry and Idleness*, pp. 1-23. Nueva York: Centro de Estudios Puertorriqueños, Hunter College.

- Bose, Christine y Edna Acosta-Belén, eds. (1995). *Women in the Latin American Development Process*. Filadelfia: Temple University Press.
- Braverman, Harry. (1974). *Labor and Monopoly Capital*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Bruce, J., C.B. Lloyd y A. Leonard. (1995). *Families in Focus: New Perspectives on Mothers, Fathers, and Children*. Nueva York: The Population Council.
- Burgos Ortiz, Nilsa M. y Eileen Colberg. (1990). *Mujeres solteras con jefatura de familia: características en el hogar y el trabajo*. Río Piedras: Cuadernos CERES, Centro de Investigaciones Sociales, Universidad de Puerto Rico.
- Burnham, Linda. (1985). Has Poverty Been Feminized in Black America? *The Black Scholar* 16 (2).
- Chávez, Linda. (1991). *Out of the Barrio: Toward a New Politics of Hispanic Assimilation*. Nueva York: Basic Books.
- Colón, Alice. (1990). Capital's Flight and Industrial Restructuring: Implications for Puerto Rican Women in the Needle Industries. Ponencia presentada en el Cuarto Congreso Interdisciplinario en torno a las Mujeres, Hunter College, Nueva York.
- Colón, Alice. (1989). Mujeres puertorriqueñas: empleo, subempleo y pobreza. Ponencia presentada en el Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, Miami, diciembre.
- Colón, Alice. (1988). Mujeres jefe de familia en Puerto Rico: algunas consideraciones teóricas en cuanto a su incremento y niveles de pobreza. Mimeografiado.
- Colón, Alice. (1985). La participación laboral de las mujeres en Puerto Rico: empleo o subutilización. *Pensamiento crítico* 8 (44):25-30.
- Colón, Alice, Margarita Mergal y Nilsa Torres. (1986). *La participación de la mujer en la historia de Puerto Rico*. Río Piedras: Centro de Investigaciones Sociales, Universidad de Puerto Rico y Universidad de Rutgers.
- Colón, Alice, Marya Muñoz, Neftalí García e Idsa Alegría. (1988). Trayectoria de la participación laboral de las mujeres en Puerto Rico de los años 1950 a 1985: estudios sobre la calidad de vida y la crisis económica en Puerto Rico. En *Crisis, sociedad y mujer: estudio comparativo entre países de América (1950-1985)*. La Habana: Editorial de la Mujer, FMC.
- Colón-Warren, Alice. (1994). Puerto Rican Women in the Middle Atlantic Region: Employment, Loss of Jobs, and the Feminization of Poverty. En *The Commuter Nation: Perspectives on Puerto Rican Migration*, editado por Carlos Torre, Hugo Rodríguez Vecchini y William Burgos, pp. 255-285. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.

REESTRUCTURACIÓN INDUSTRIAL, EMPLEO Y POBREZA EN PUERTO RICO

- Colón-Warren, Alice. (1984). *Competition, Segregation, and Succession of Minorities and Women in the Middle Atlantic Central Cities' Labor Market, 1960-1970*. Tesis doctoral, Universidad de Fordham.
- Departamento de Comercio de Estados Unidos, Negociado del Censo. (1990a). *Censo de población, 1990. Estados Unidos*. Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office.
- Departamento de Comercio de Estados Unidos, Negociado del Censo. (1990b). *Censo de población, 1990. Puerto Rico*. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office.
- Departamento de Comercio de Estados Unidos, Negociado del Censo. (1990c). *1990 Census Detailed Cross-Tabulations for Puerto Rico*. CPH-L-155. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office.
- Departamento de Comercio de Estados Unidos, Negociado del Censo. (1980a). *Censo de población, 1980. Estados Unidos*. Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office.
- Departamento de Comercio de Estados Unidos, Negociado del Censo. (1980b). *Censo de población, 1980. Puerto Rico*. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office.
- Departamento de Comercio de Estados Unidos, Negociado del Censo. (1970a). *Censo de población, 1970. Estados Unidos*. Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office.
- Departamento de Comercio de Estados Unidos, Negociado del Censo. (1970b). *Censo de población, 1970. Puerto Rico*. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office.
- Department of City Planning, City of New York. (1994). *Puerto Rican New Yorkers, 1990*.
- Dietz, James L. y Emilio Pantojas-García. (1993). Puerto Rico's New Role in the Caribbean: The High Finance/Maquiladora Strategy. En *Colonial Dilemma: Critical Perspectives on Contemporary Puerto Rico*, editado por Edwin Meléndez y Edgardo Meléndez, pp. 103-115. Boston: South End Press.
- El Nuevo Día*. (1996). Cierran la llave de paso. 26 de agosto, p. 7.
- Falcón, Luis M. y Charles Hirschman. (1992). Trends in Labor Market Position for Puerto Ricans on the Mainland, 1970-1987. *Hispanic Journal of Behavioral Sciences*, pp. 16-51.
- Farley, Jennie, ed. (1985). *Women Workers in Fifteen Countries*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press.
- Fernández Kelly, María Patricia y Saskia Sassen. (1995). Recasting Women in the Global Economy: Internationalization and Changing Definitions of Gender.

En *Women in the Latin American Development Process*, editado por Christine Bose y Edna Acosta-Belén, pp. 99-124. Filadelfia: Temple University Press.

- Gautier Mayoral, Carmen. (1987). The Puerto Rican Model, Welfare for the Multinationals: Is Poverty Being Feminized in Puerto Rico? Ponencia presentada en la conferencia "The Feminist and the Scholar", Barnard College, Nueva York, marzo.
- Goldberg, Gertrude Schafner y Eleanor Kremen. (1990). *The Feminization of Poverty: Only in America?* Nueva York: Praeger.
- Harrison, Bennett. (1977). Institutions of the Periphery. En *Problems in Political Economy*, editado por David Gordon, pp. 102-107. Lexington, Mass.: D.C. Heath.
- Harrison, Bennett y Barry Bluestone. (1990). *The Great U-Turn: Corporate Restructuring and the Polarizing of America*. Nueva York: Basic Books.
- Hinojosa-Ojeda, Raúl, Marin Carnoy y Hugh Daley. (1991). An Even Greater "U-Turn": Latinos and the New Inequality. En *Hispanics in the Labor Force: Issues and Policies*, editado por Edwin Meléndez, Clara Rodríguez y Janis Barry Figueroa, pp. 25-52. Nueva York: Plenum Press.
- Johnston, William B. et al. (1987). *Workforce 2000: Work and Workers for the Twenty-First Century*. Indianapolis, Indiana: Hudson Institute.
- Leacock, Eleanor y Helen Safa, eds. (1986). *Women's Work*. South Hadley, Mass.: Bergin and Garvey.
- Lowell, Ruth Fabricant. (1975). A Study of Jobs and Low Income Workers in 1970. The City of New York Department of Social Services, Office of Research and Program Evaluation.
- Mandel, Ernest. (1978). *Late Capitalism*. Londres: New Left Books.
- Mann, Evelyn S. y Joseph J. Salvo. (1985). Characteristics of New Hispanic Immigrants to New York City: A Comparison of Puerto Rican and Non-Puerto Rican Hispanics. *Research Bulletin* (Hispanic Research Center, Fordham University) 8 (1-2).
- Meléndez, Edwin. (1993a). *Los que se van, los que regresan: Puerto Rican Migration to and from the United States, 1982-88*. Political Economy Working Paper Series #1. Nueva York: Centro de Estudios Puertorriqueños.
- Meléndez, Edwin. (1993b). Politics and Economic Reforms in Post-War Puerto Rico. En *Colonial Dilemma: Critical Perspectives on Contemporary Puerto Rico*, editado por Edwin Meléndez y Edgardo Meléndez, pp. 79-88. Boston: South End Press.
- Meléndez, Edwin y Janis Barry Figueroa. (1992). The Effects of Local Labor Market Conditions on the Labor Force Participation of Puerto Rican, White, and Black Women. *Hispanic Journal of Behavioral Sciences* 14 (1):76-90.

REESTRUCTURACIÓN INDUSTRIAL, EMPLEO Y POBREZA EN PUERTO RICO

- Meléndez, Edwin, Clara Rodríguez y Janis Barry Figueroa. (1991). Hispanics in the Labor Force: An Introduction to Issues and Approaches. En *Hispanics in the Labor Force: Issues and Policies*, editado por Edwin Meléndez, Clara Rodríguez y Janis Barry Figueroa, pp. 1-21. Nueva York: Plenum Press.
- Muñoz, Marya y Edwin Fernández. (1988). *El divorcio en la sociedad puertorriqueña*. Río Piedras: Huracán.
- O'Connor, James. (1973). *The Fiscal Crisis of the State*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Oppenheimer, Valerie Kinkade. (1970). *The Female Labor Force in the United States: Demographic and Economic Factors Governing Its Growth and Changing Composition*. Berkeley: University of California Press.
- Pearce, Diana M. (1983). The Feminization of Ghetto Poverty. *Society* 21 (1):370-374.
- Petrovich, Janice y Sandra Laureano. (1987). Towards an Analysis of Puerto Rican Women and the Informal Economy. *Homines*, Tomo extraordinario, Núm. 4, pp. 70-81.
- Piore, Michael. (1977). The Dual Labor Market: Theory and Implications. En *Problems in Political Economy*, editado por David Gordon, pp. 93-97. Lexington, Mass.: D.C. Heath.
- Piven, Frances Fox y Richard Cloward. (1988). *The New Class War: Reagan's Attack on the Welfare State and Its Consequences*. Nueva York: Pantheon.
- Piven, Frances Fox y Richard A. Cloward. (1977). *Poor People's Movements: Why They Succeed, How They Fail*. Nueva York: Vintage Books.
- Quante, Wolfgang. (1976). *The Exodus of Corporate Headquarters from New York City*. Nueva York: Praeger.
- Ríos, Palmira. (1995). Gender, Industrialization, and Development in Puerto Rico. En *Women in the Latin American Development Process*, editado por Christine Bose y Edna Acosta-Belén, pp. 125-148. Filadelfia: Temple University Press.
- Rivera-Batiz, Francisco y Carlos Santiago. (1995). *Puerto Ricans in the United States: A Changing Reality*. Washington, D.C.: National Puerto Rican Coalition.
- Roos, Patricia A. (1985). *Gender and Work: A Comparative Analysis of Industrial Societies*. Albany: State University of New York Press.
- Safa, Helen I. (1995). *The Myth of the Male Breadwinner: Women and Industrialization in the Caribbean*. Boulder: Westview Press.
- Sale, Kirkpatrick. (1976). *Power Shift: The Rise of the Southern Rim and Its Challenge to the Eastern Establishment*. Nueva York: Vintage Books.

- Santana Cooney, Rosemary. (1979). Intercity Variations in Puerto Rican Female Participation. *Journal of Human Resources* 10 (2):222-235.
- Santana Cooney, Rosemary y Alice Colón. (1980). Work and Family: The Recent Struggle of Puerto Rican Females. En *The Puerto Rican Struggle: Essays on Survival in the U.S.*, editado por Clara E. Rodríguez, Virginia Sánchez Korrol y José O. Alers, pp. 58-73. Nueva York: Puerto Rican Migration Research Consortium.
- Santana Cooney, Rosemary y Alice Colón. (1979a). Declining Female Participation Among Puerto Rican New Yorkers: A Comparison with Native White New Yorkers. *Ethnicity* 6:281-197.
- Santana Cooney, Rosemary y Alice Colón. (1979b). Puerto Rican Labor Underutilization, 1970-1977. Ponencia presentada en la Southwestern Social Science Meeting, Dallas-Fort Worth.
- Santana Cooney, Rosemary y Vilma Ortiz. (1983). Nativity, National Origin, and Hispanic Female Participation in the Labor Force. *Social Science Quarterly*, pp. 510-523.
- Sassen, Saskia. (1991). *The Global City: New York, London, Tokyo*. Princeton: Princeton University Press.
- Sassen, Saskia. (1988). *The Mobility of Labor and Capital: A Study in International Investment and Labor Flow*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sassen-Koob, Saskia. (1982). Recomposition and Peripheralization of the Core. *Contemporary Marxism* 5:101-115.
- Scott, Hilda. (1984). *Working Your Way to the Bottom: The Feminization of Poverty*. Londres: Pandora.
- Stallard, Karin, Barbara Ehrenreich y Holy Sklar. (1983). *Poverty in the American Dream: Women and Children First*. Boston: South End Press.
- United Nations. (1995). *World Summit for Social Development. The Copenhagen Declaration and Programme for Action*.
- Vega, José I. (1987). Current Sub-contracting Practices of Home Based Sewing by Puerto Rican Apparel Manufacturers. Ponencia presentada en el Cuarto Simposio en torno al Comercio y la Economía Hispana, noviembre.
- Ward, Kathryn, ed. (1990). *Women Workers and Global Restructuring*. Ithaca, N.Y.: ILR Press, School of Industrial and Labor Relations, Cornell University.

RESUMEN

Utilizando información publicada en los Censos de Población entre 1970 y 1990, este trabajo inicia un análisis comparativo de las condiciones de empleo y pobreza en Puerto Rico y el Atlántico Medio de los Estados Unidos (Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania). En particular se examina cómo tales condiciones han incidido en la situación de las mujeres y familias encabezadas por mujeres puertorriqueñas. El ensayo se concentra en factores que en sociedades capitalistas afectan la probabilidad de la pobreza entre las mujeres, tales como las oportunidades de educación, empleo y concentración ocupacional. Se consideran además las tendencias en el incremento de familias encabezadas por mujeres y sus medios económicos, incluyendo el uso de beneficencia pública. Se analizan estas tendencias en relación con las condiciones económicas de los hombres, las cuales inciden en la situación de las familias en pareja y en la visibilidad de las familias encabezadas por mujeres entre las familias pobres. [*Palabras clave:* familias encabezadas por mujeres, mujeres puertorriqueñas, pobreza, reestructuración industrial.]

ABSTRACT

Using information published by the Census between 1970 and 1990, this essay initiates a comparative analysis of the employment and poverty conditions in Puerto Rico and the Mid-Atlantic region of the United States (New York, New Jersey, and Pennsylvania). In particular, it examines how such conditions have affected the situation of Puerto Rican women and female-headed households. The essay concentrates on factors that in capitalist societies influence the probability of poverty among women, such as educational and employment opportunities, and occupational concentration. Furthermore, the article considers trends toward the increase in female-headed households and their economic strategies, including the use of public welfare. These trends are analyzed in relation to men's economic conditions, which affect the situation of couples living as families and the visibility of female-headed households among the poor. [*Keywords:* female-headed households, Puerto Rican women, poverty, industrial restructuring.]